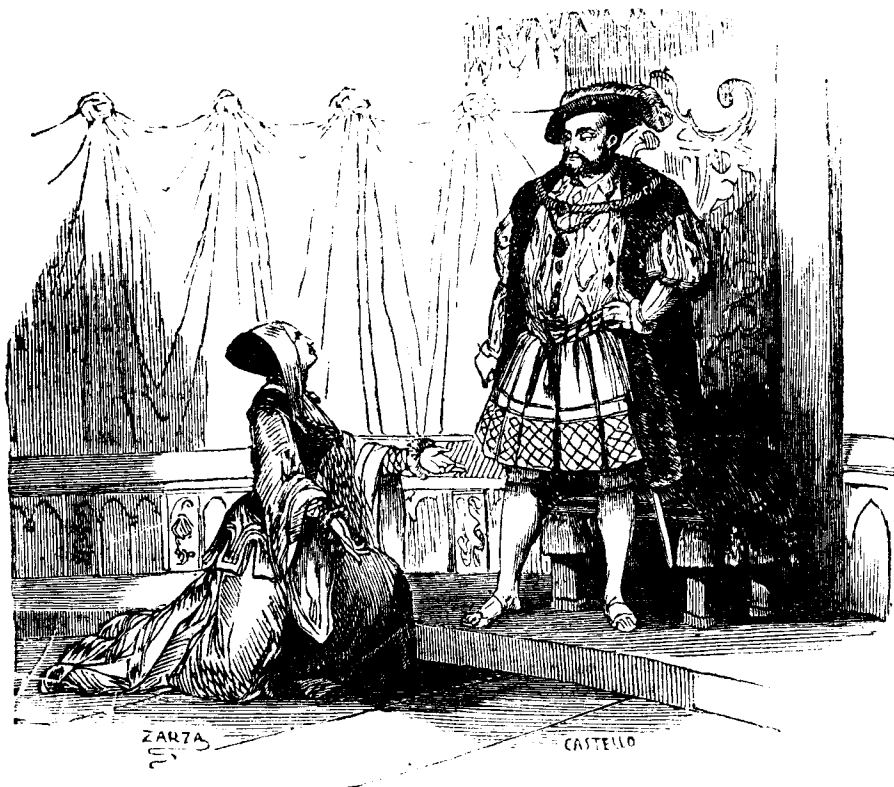


ESTUDIOS HISTORICOS.



LA CORONA Y EL HAGHA.

CAPITULO I.

LA CORONA.

Cuando la hermana de Enrique VIII, linda doncella de diez y seis años, pasó á Francia para dar su mano á un rey viejo que podia ser su abuelo, acompañáronla muchas jóvenes de la primera nobleza de la Gran Bretaña. Entre ellas iba Ana Bolena, la misma que después llegó á ser reina de Inglaterra. Su historia es muy curiosa é interesante.

Ana Bolena era hija de sir Tomás Bolena, á quien Enrique había conferido varias veces misiones diplomáticas de importancia. Su madre era hija del conde de Ormond; su abuelo, sir Godofredo Bolena, había casado, siendo corregidor de Londres, con una de las hijas de lord Hasting, y por último la misma lady Bolena, madre de Ana, era hija del duque de Norfolk. Ana era todavía muy joven cuando la princesa María dejó la Inglaterra, para ir á reinar durante tres meses en Francia. Luego que quedó viuda contraio matrimonio con el duque de Suffolk, y

Febrero 25 de 1843.

Ana, cuya encantadora hermosura supo apreciar en lo que valia la corte de Francisco I, fué agregada al servicio de la reina Claudia, hija de Luis XII y muger de Francisco. Pero á poco tiempo murió Claudia, y Ana á quien un fatal destino lanzaba hácia su patria, regresó á ella después de haber estado algunos meses dedicada al servicio de una princesa de raro mérito, la duquesa de Alençon.

Ignórase á punto fijo la época de su regreso á Inglaterra, aun entre los historiadores que han escrito mas detenidamente acerca de ella; pero cualquiera que sea, fué un dia funesto para Catalina de Aragon. Ana Bolena, admitida en el número de sus damas de honor, no tardó en ser distinguida por el tirano, cuyo amor no daba mas que la vergüenza ó la muerte. Ambas debian ser victimas á la vez de su preferencia y abandono.

Entonces fué cuando Enrique tuvo escrúpulos sobre la legitimidad de una union contraida hacia veinte años. Catalina de Aragon había estado antes casada con Arturo Principe de Gales y hermano mayor de Enrique. Arturo murió de edad de 17 años; pero Catalina y él se habían arrodillado delante del mismo sacerdote, y habían dicho si en frente de un crucifijo. Mas tarde, cuando por razones políticas contrajeron un nuevo matrimonio el cuñado y la cuñada, el nuevo principe de Gales no tuvo remordimiento alguno.

Mas en seguida despertóse su conciencia y se le apareció bajo la forma de una doncella jóven, radiante de hermosura, de talento y de gracias. Las maneras de Ana Bolena tenían un encanto particular al lado de las mugeres inglesas, encanto que adquiriera en la corte mas galante y fina de Europa. Enrique la amó no solamente con amor, sino con delirio... y este delirio era horroroso como el grito del tigre cuando llama a su compañera.

Ana no quiso ser la manceba de un rey: reflexionaba con razon que cuanto mas elevado está el deshonor, mas se le vé de lejos.

—Yo soy bastante noble para ser vuestra muger, dijo á Enrique. Si es cierto, como decís que vuestro matrimonio es nulo, haced que se declare el divorcio y entonces seré vuestra.

Esta palabra fué la sentencia de la desgraciada muger que ya no era amada. Enrique dió orden al cardenal Wolsey, entonces su favorito y primer ministro, para que escribiese á la corte de Roma á fin de obtener del papa una bula que declarase nulo su matrimonio con Catalina de Aragon. Knight, secretario intimo de Enrique, fué la persona encargada de ir á Roma para activar y concluir este asunto.

El momento parecia favorable. Clemente VII ocupaba á la sazón la santa sede. Pusilánime, irresoluto, temia principalmente á Carlos V (1), de quien era casi su cautivo y que en su calidad de nieto de Catalina, debia protegerla al menos por razon de decoro. El papa eludió largo tiempo dar una contestacion definitiva; pero apremiado al fin por el rey de Francia; que en aquella ocasion obtenia el favor del rey de Inglaterra, así como profesaba un odio rencoroso á su hermano el rey de España, el santo padre, á pesar de ser prisionero del emperador, otorgó á Enrique lo que demandaba, es decir, que estableció implicitamente, que Julio II no habia tenido facultades para expedir una bula permitiendo el matrimonio entre Catalina y Enrique. Claro es que con esta medida llegóse á poner en tela de juicio la infalibilidad de los papas. Sin embargo preciso es confesar que la situacion de Clemente VII era entonces bastante penosa y necesariamente debia influir mucho sobre su conducta. Lo que mas ahincadamente apetecia este papa era el restablecimiento de su casa en Florencia, y sobrado se le alcanzaba que el emperador era el único soberano de Europa que podia realizar sus deseos. Este pensamiento, que jamás le abandonó fué causa de la larga ambigüedad de su conducta.

Durante este tiempo habíase casado Ana Bolena en secreto con el rey, si no mentía el rumor publico, á que daba bastante fuerza la actividad que ella habia desplegado para hacer obrar al cardenal Wolsey y á Esteban Gardines, secretario del cardenal. Híe aquí una carta traducida literalmente y que Ana escribió al cardenal en los momentos criticos en que un contagio que reinaba en Londres, habia obligado al rey á dejar la capital y pasar con Ana á una casa de campo donde los dos residan. Esta carta dá á conocer á un tiempo el talento y el caracter de esta célebre muger. Es de 22 de mayo de 1528.

(1) Carlos V conocia el carácter tímido del Sumo Pontífice y continuamente le estaba amenazando con reunir un concilio general. El motivo que mas temor le inspiraba era el ser perseguido por su nacimiento; porque los bastardos están escluidos del trono pontifical, y sabido es que Clemente VII era hijo natural de Julian de Médicis. Verdad es que Leon X dijo que existía una promesa de matrimonio entre su madre y su padre; pero esta prueba verbal era insuficiente. Julio II habia dado igualmente leyes terribles contra la simonia y el cardenal Colonna poseía un billete suscrito por Clemente VII, cuando no era mas que cardenal, con objeto de que le facilitase el camino para llegar á la dignidad papal.

«Milord:

«Os suplico muy humildemente que me disimuleis la libertad que me tomo de interrumpir vuestros importantes trabajos con una carta tan desaliñada. Pero es preciso que os manifieste mi alegría al saber que gozais de buena salud en medio de tantos males, y pido á Dios que os conserve en ese estado para pagaros con mi reconocimiento todo cuanto os debo; pues estoy bien convencida, milord, de las buenas intenciones que abrigais en favor mio tomando tan á pechos mis intereses que no os dejan descansar ni de dia ni de noche. Yo no puedo reconocer tantas bondades, milord, sino con una amistad sincera hacia vos, á quien amaré mas que á nadie en el mundo *después del rey*.... Por lo demas quedo, milord, en la mas viva ansiedad hasta la llegada del legado, sin embargo de que estoy persuadida que no puede menos de ser favorable, estando vos de por medio. Conozco los deseos y las intenciones que en este particular os animan: sé que estais tan impaciente como yo, y que no estareis tranquilo hasta que las cosas tengan el feliz desenlace que apetecemos. Pero es menester resignarse y esperar siempre en la bondad divina.

Entre tanto soy Milord,

Vuestra servidora humilde y obediente

Ana Bolena.

Al pié de esta carta habia añadido el rey de su puño y letra:

«La que os escribelas anteriores líneas se ha empeñado en que agregue á ellas estas cuatro palabras que os suplico mireis como una prueba de mi amistad y de la satisfaccion que experimento al saber que hasta ahora os ha respetado la peste... *Nosotros* estamos aqui pesados de no saber si vendrá el legado. Pero confío en vuestros buenos cuidados y en la bondad del cielo y en su bendicion. Es cuanto tengo que deciros por ahora. Lo unico que quiero añadir es que os deseo tanta felicidad cuanta puede desear para vos el que escribe estas líneas que es vuestro rey y buen amigo

Enrique.»

En tanto que el rey se habia alejado del contagio, ninguna orden se dió para que la reina Catalina dejase á Londres, donde permaneció espuesta á los horrores del azote. Sabiendo cuan infernal era el alma de Enrique, debe inferirse que la posibilidad de la muerte de aquella desdichada tuvo mucha parte en su voluntad para dejarla en Londres, donde sirvió de prueba de que la muerte no escoge sus victimas y que su guadaña niveladora así siega en sus dias de regocijo las cabezas mas erguidas, como las mas humildes.

Pero en el momento que iba á expedirse el breve, ocurrió el saqueo de Roma.... El papa, prisionero cerca de un año en el castillo de San Angelo y puesto en libertad por Carlos V, no podia pronunciar la deshonra de su tia, cuyos clamores resonaban en toda Europa. En fin para conciliar todos los intereses y principalmente el suyo, nombró por su legado en Londres para que informase sobre el asunto al cardenal Campeggio, á quien dió orden de ir lo mas lentamente que pudiese.... El cardenal era viejo y gotoso; los ataques no le faltaron con bastante frecuencia, y observó tan perfectamente las instrucciones que habia recibido, que empleó diez meses para ir de Roma á Londres.

Al saber Ana Bolena que el legado se hallaba al fin en camino para Inglaterra, escribió otra carta al cardenal Wolsey para espresar su alegría.

«Ahora, le decia, ahora si que reconozco, milord, todo lo que habeis hecho por mí, y sin embargo no tengo mas que una buena voluntad que ofreceros.... pero esta es grande.... y no cesaré de rogar á Dios por vuestra prosperidad, y porque os conserve siempre en la cúspide

de la gloria y del honor. Tales son los deseos de vuestra humilde servidora

«Ana Bolena.»

Pero Catalina no estaba tan reconocida como Ana á los cuidados que el cardenal se tomaba para formar un tribunal inícuo y arbitrario, y le trató de *herético y fautor de adulterio*... Wolsey no hizo otra cosa que reírse: tenía de su parte al rey, á la querida del rey y á los adúladores que asedian siempre á un hombre como Wolsey que solo comía en vagilla de oro macizo.... la plata era muy vulgar.

Wolsey contribuyó en gran parte á llevar á cabo el enlace de Ana con el rey. Enrique era un hombre cuyo ojo no debía ver y cuyo oído no debía oír. El amor, una querida y una vida llena de molición y de placeres debían llenar los momentos de un tirano que jugaba con las cabezas de las personas que mas quería. La reina Catalina con su oratorio, su rosario y su religión severa no era la mujer que necesitaba el ministro ávido de poder, para que su señor lo dejase caer de sus manos. Quería lo que había hallado en Ana Bolena, una criatura formada por el amor y para amar. Enrique estaba bajo un yugo muy dulce.... y en este estado permanecía dominado por una fascinación en la cual es preciso creer porque efectivamente existe.

Empero á Wolsey era indiferente, una vez que la cadena de flores hubiera rodeado á su señor, que llegara á ser santa y legítima. En su alma corrompida, quizás la juzgaria mas duradera de otro modo; mas como quiera que sea, recibió al fin su comisión del papa. Campeggio llegó y los dos delegados, principiaron inmediatamente los procedimientos. Ana dejó á Londres como el propio decoro aconsejaba.

Abrióse en Londres el tribunal. Los dos legados citaron al rey y á la reina de Inglaterra para comparecer á su presencia.... Uno y otro se presentaron en persona: cuando fueron llamados, Enrique respondió á su nombre. La reina estaba vestida de negro y su continente era tranquilo, si bien veíase retratada en su semblante la agitación interior de su alma. Cuando el legado pronunció estas palabras.

«La muy alta, poderosa y muy ilustre señora y princesa.»

Antes que hubiera concluido, Catalina, sin mirarle, sin responderle, se levanta de su asiento y se echa á los pies del rey: abraza sus rodillas que humedece con sus lágrimas, y le suplica en nombre de todas las afecciones que pueden hacer palpitár el corazón de un hombre.... Busca una palabra que ablande aquel corazón de acero, que solo agita el amor; no se humilla, porque solamente suplica por su hija, á quien una sentencia estupidamente bárbara puede condenar á la infame nota de bastarda y deshonrarla para siempre.

—Señor, dijo Catalina, ¿qué tribunal es este que habeis convocado? ¿Es para juzgarme? ¿Qué he hecho yo? Estoy inocente en este sitio mas que á vos que tenga poder sobre mí; vos sois mi único apoyo, mi solo protector; yo no soy mas que una pobre mujer, aislada, sin defensa y dispuesta á sucumbir bajo los golpes de mil enemigos. Si he abandonado á mi familia y á mi patria, ha sido solo por vos en quien deposité toda mi confianza, y aun hoy mismo en esta tierra extranjera me hallo sola, abandonada de todos, no teniendo ni queriendo tener mas que á vos por apoyo, á vos y á vuestro honor.... ¿Quereis por ventura, Enrique, que vuestra hija se pierda para siempre...? Reflexionad que es vuestra primogénita...! ¿Permitireis que quede deshonrada siendo su madre inocente y su padre soberano...?

Levantándose en seguida, dirigió en torno suyo una mirada llena de dignidad; entonces la mujer, la madre desolada era tambien una gran reina.

—En este tribunal que pretende juzgar á una reina de

Inglaterra, dijo lanzando á sus jueces una mirada de desprecio, no veo mas que enemigos y no un juez; no pueden pronunciar una sentencia imparcial y equitativa: los recuso.

Y haciendo una profunda reverencia al rey, salióse de la sala. En su ausencia declaró el rey que jamás había tenido el menor motivo de disgusto contra ella, y que los *remordimientos de su conciencia* eran la única causa que le obligaba á pedir el divorcio.

Los legados volvieron á llamar á la reina, pero como no se presentase, la declararon *contumaz*. En este inícuo proceso había una tintura de ridículo que lo hacia mas espantoso: tocaba ya á su término; Ana Bolena, que había vuelto á Londres, no dejaba de la mano á Wolsey, valiéndose para mas obligarlo de todo el poder de sus encantos, y ya se sabe cuan sensible era el cardenal á este género de seducción; Enrique esperaba recibir de un día para otro la sentencia que había de permitirle coronar á Ana, cuando de improviso el cardenal Campeggio anunció que el papa se reservaba la instrucción de este negocio, y que las partes estaban citadas para comparecer en Roma ante el mismo tribunal de su Santidad.

Enrique no hizo al principio mas que bramar como una fiera y blasfemar llamando la venganza sobre la cabeza del jefe de la iglesia. Ya no despreciaba sus rayos, era él mismo quien los lanzaba. Ana que por un momento se vió destronada, no pudo menos de llorar, pero, cuán poderosas eran estas lágrimas...! Era amada con pasión, y éralo por un hombre que debía vengar cada una de las lágrimas de su amada con rios de sangre...! Entonces fué cuando acaeció el rompimiento definitivo entre las dos iglesias en toda la Inglaterra. ¡Cuántos desastres debían consolidar esta escisión!

Ana necesitaba vengarse para tranquilizar su alma atormentada. El trastorno de sus esperanzas echaba un velo funebre sobre su porvenir... No hallaba camino para salir de aquella obscura noche que reemplazaba á ese luminoso día que rodea el trono. Tenía necesidad de acusar á un ser humano, porque necesitaba una víctima, y esta fué el cardenal Wolsey.... Parecía imposible que este hombre omnipotente en el sacro colegio, este hombre cuya mano había tocado la tiara, no lo hubiera hecho todo en un día si hubiese querido, y los meses y los años acarrearían la destrucción de sus esperanzas. Enrique no era de esos hombres á quienes es preciso invitar dos veces para que dejen de amar. Wolsey había sido hasta entonces su favorito ¿qué mas se necesitaba para derribarlo?... ¡El amor ó la amistad de Enrique VIII eran una verdadera maldición...!

Wolsey daba una fiesta en su palacio de York, ese palacio que los primeros soberanos de Europa y de Asia no hubieran visto sino con envidiosa admiración. Allí pasaba sin cuidados y alegremente la vida bebiendo los exquisitos vinos de Francia y de Italia en copas de oro guarnecidas de diamantes y preciosos esmaltes. Magníficas alacenas esculpidas sostenían sobre sus anaqueles, platos de oro macizo radiantes de pedrerías. Cien lacayos llevando el blason de su señor, circulaban alrededor de aquella sala suntuosamente fantástica; doncellas coronadas de flores quemaban perfumes y embalsamaban el ambiente; mientras que desde una elevada galería los mas famosos músicos de Italia y de Alemania deleitaban los oídos con una música voluptuosamente encantadora.

Dos hombres se presentaron de repente delante del cardenal. Eran poderosos en el reino de Inglaterra y su presencia impuso en un principio al insolente ministro, porque el uno era el duque de Suffolk, cuñado del rey y el otro el duque de Norfolk.

Llevaban orden de pedirle el gran sello.

—No lo entregaré bajo una orden verbal, respondió Wolsey.

Los duques se retiraron; pero pronto volvieron

con una carta del rey, y entonces Wolsey no tuvo mas remedio que dar el sello del Estado, que inmediatamente fué entregado á Tomas Morus. ¿No tenia razon en decir que el amor de ese rey asi como su favor daban siempre la muerte...?

Wolsey se retiró á una casa de campo que poseia cerca de Hamptoncourt. Este hombre se hizo indigno hasta de la compasion porque fué bajo en su infortunio. Lloraba como un niño, y le volvía loco de contento cualquier indicio de volver á la gracia del rey. Un día le envió Enrique un mensaje con un anillo para quitarle todo temor para el porvenir. El cardenal iba á caballo, cuando el correo le encontró; al punto se apeó del caballo y arrodillándose en medio del fango del camino besó el anillo humedeciéndolo con sus lágrimas.

Después de la desgracia de Wolsey una sola palabra dicha por el doctor Tomas Crammen á los jesuitas de Cambridge, iluminó al rey sobre lo que debía hacer. Esta palabra era el secreto de la conducta que habia de observar.

—¡Oh! esclamó con grosera alegría, ese hombre habia efectivamente *cogido á la ocasión por los caballos*.

Pusiéronse en juego cuantas intrigas pueden imaginarse para obligar á todas las universidades de Europa á que elevasen hasta los pies del Santo Padre sus decisiones, plan que se llevó á debido efecto, si bien no fué bastante á mudar la resolución del papa que nada otorgó, y Enrique, que al principio se habia proclamado él mismo el defensor de la fe, renegó á la autoridad del obispo de Roma; hizo lo que Lutero... y uniendo el poder espiritual al temporal fué papa de Inglaterra.

El casamiento y la coronacion de Ana Bolena siguieron inmediatamente. Al fin logró esta muger, por quien toda la Europa se hallaba agitada hacia cuatro años, verse sentada en el trono que para ella no era mas que un lugar de tránsito para entrar antes que otra en su féretro.

CAPITULO II.

EL HACHA.

Cuando el caballero Elliot. (1) dejó á Roma, en la época del último y definitivo rompimiento de Inglaterra con la Santa Sede, Sisto Vera todavía un simple monge, pero siempre el mismo hombre que fué después. Al saber la última negativa del papa se encogió de hombros, y dijo levantando los ojos al cielo:

—Dios mio! ¿no es verdad que os es indiferente que Enrique VIII tenga por muger á Catalina de Aragon ó á Ana Bolena?...

Demasiado caro habia comprado Ana Bolena el título de reina de Inglaterra para que no gozara de él con delirante entusiasmo. Pero una cosa nublaba las noches que siguieron á los dias de triunfo: Ana no podia oír con indiferencia que ese título de *reina*, á tanta costa comprado, se tributase tambien á la infeliz desterrada, que desde el fondo de su retiro se levantaba como una sombra vengadora. Era, pues, preciso despojarla de este título de reina de Inglaterra, á ella... Catalina de Aragon!... á ella! hija, muger y hermana de rey; era preciso que cediera el puesto y el rango á una joven coqueta y casquivana.. Vencido Enrique por las lagrimas de Ana Bolena envia á lord Montjoie al retiro donde vivia desterrada Catalina para decirle que en adelante no debía llamarse mas que princesa de Gales, y renunciar para siempre al título de magestad, asi como á todo cuanto pudiera darle el rango de reina.

—Yo soy todavía reina de Inglaterra, respondió con dignidad á lord Montjoie; solo dos cosas podran quitarme este título.... La sentencia de mi divorcio pronunciada por el papa... y... la muerte...

Entonces fué cuando el papa declaró que Enrique habia incurrido en la *excomunion mayor*; (2) de consiguiente debía considerarse despojado desde luego de la corona, y los hijos habidos y por haber de su matrimonio con Ana Bolena declarados incapaces de suceder á la corona; mandando bajo pena de excomunion que nadie pudiera reconocerle como rey, y bajo las mismas penas se conminaba á la nobleza para que tomase las armas contra él como rebelde á la iglesia y á Jesucristo. Al mismo tiempo se mandaba á los obispos, arzobispos y curas del reino que lo escomulgasen todos los dias de fiesta después del evangelio de la misa, y se exhortaba al emperador como protector de la iglesia que vigilase á mano armada para que las órdenes del pontífice tuviesen cumplido efecto.

El rey de Francia, como rey cristianismo fué igualmente invitado á romper toda clase de relaciones con Enrique VIII, y para que el insulto fuese mayor, mandó el papa á todos los curas de las cercanias de Calais que predicasen publicamente la bula de excomunion desde el púlpito... Preciso es confesar que si Enrique tenia un corazon de tigre, tambien era castigado con una severidad proporcionada á su maldad.

Reunióse el parlamento inglés y por un acto solemne revistió al rey de toda la autoridad de papa en la Gran Bretaña. Enrique que pensaba solamente en lo material del asunto, confiscó todos los bienes eclesiásticos; muebles é inmuebles... Fueron ahorcados todos cuantos se negaron á reconocer esta nueva religion y el casamiento de una muger vistió de luto millares de familias. Enrique naturalmente violento, era escitado mas y mas al rigor por Ana Bolena que dirigia principalmente su resentimiento contra la reina Catalina, cuya dignidad en el infortunio excitaba la compasion de la Europa. Enrique la prohibió de nuevo bajo las mas severas y terribles penas, que tomara el nombre de reina, y las personas de su servidumbre recibieron orden de no llamarla sino *princesa de Gales*. Catalina rehusó el servicio de los que obedecieron las órdenes del rey, y por espacio de muchos dias se vió reducida á *servirse ella misma*. Al fin no pudiendo resistir á tantos pesares, cayó enferma.... Entonces el rey dió orden á su guarda, el duque de Suffolk, que la prodigara todos los cuidados y todo el interés que su estado requeria... ¿Después de haber dado el golpe como hábil asesino, quiso curar la herida!.....

No dejó de alarmarse Ana al vislumbrar esos sentimientos de humanidad. Los clamores públicos turbaban hacia mucho tiempo su reposo y temia que Enrique fuese accesible á ellos; asi es que presentóse á su esposo desolada y deshecha en lágrimas, y echándose á sus plantas le suplicó que declarase que la princesa Isabel, su hija, era la única legítima, y que la princesa Maria no podia suceder. Consintió en todo Enrique y mandó publicar á son de trompeta que su hija, la princesa Isabel, era la que después de él debía ser reina de Inglaterra.

Catalina sucumbió al fin bajo el peso de tantos males y el 3 de enero de 1536 murió en Kinbolton, en el condado de Huntingdon. Tenia entonces cincuenta años. Antes de espirar escribió á Enrique una carta llena de sentimiento en la que le recomendaba á su hija..... La

(1) Ana Bolena le habia dado magníficos diamantes para emplearlos como medio de seducción para con aquellos que era preciso ganar á toda costa.

(2) La excomunion mayor se diferenciaba de la ordinaria, en que el escomulgado no podia recibir la absolucion sino después de una penitencia pública, que ofreciese la seguridad de la enmienda.

última frase de esta carta es muy notable y no podía ser escrita sino por la mano de una muger.

«Os protesto que en este momento en que mis ojos van á cerrarse para siempre, mi único deseo, mi mayor anhelo es veros por la última vez....»

Enrique se enterneció al leer estas palabras tan sencillas, pero dichas en la agonía y por un alma que se escapaba herida bajo los golpes que él mismo había descargado sobre ella... ¡Es fama que lloró al leer esta carta escrita por una mano ya fría.... lloró! pero el fétetro encerraba ya á su víctima.

Ana no pudo disimular su alegría bárbara é insensata al recibir esta noticia. El caballero Sothon portador de ella, la encontró lavándose las manos en una palancana de plata sobredorada de mucho valor, en la que había un magnífico jarro. Tan fuera de sí estaba, que tomando la palancana y el jarro se los dió al caballero Sothon.

—Recibid este presente, le dijo, por la buena nueva que acabas de darme.

En aquel mismo día fueron sus padres á palacio: apenas los vió corrió á ellos, y abrazándolos con una alegría que rayaba en locura les dijo:

—Alegraos; de hoy en adelante si que puede llamarse verdaderamente reina vuestra hija.

¡La insensata!.... bailaba sobre una tumba apenas cerrada, sin ver la suya que se abría á su lado.

Algunos días despues de este acontecimiento verdaderamente importante en la vida de Enrique y de la nueva reina, Ana dió á luz un niño muerto. Los católicos, que entonces formaban una numerosa falange en Inglaterra, sostuvieron que este era el efecto del anatema lanzado sobre los culpables. Enrique no amaba ya á Ana: la inconstancia le era tan habitual como su crueldad. Ana le pertenecía; su posesion largo tiempo comprada con inmensos sacrificios, y tan grandes en efecto como solo un soberano podía hacer; esta posesion ya asegurada no le ofrecia ningún encanto. La autoridad de carácter de Catalina le había alejado de ella; la jovialidad de Ana produjo el mismo efecto; sus alegres accesos ponían de mal humor para muchas horas á aquel amante tan arañó, cuya alma tenía tantos pliegues que el lado vulnerable de la vispera dejaba de serlo al siguiente día. Pronto se apercibieron los cortesanos, cuyos ojos son tan penetrantes, que el rey amaba á otra. Juana Seymour reemplazó á Ana Bolena, como Ana había reemplazado á Catalina; pero con la diferencia que en esta ocasion era preciso cometer un crimen mucho mayor; porque en todas las cosas hay su marcha progresiva, y Enrique sacrificó á su nuevo amor la cabeza de una muger inocente.

Ana tenía enemigos. Su jovialidad llena de malicia que debiera cuando mas haberse considerado como efecto de su carácter festivo, le grangeó mas resentimientos que la mayor injuria. Tan luego como el odio encontró la posibilidad de satisfacerse, recibió el rey innumerables denuncias de las cuales la mas inocente acarrea la pérdida de la reina.

Ana tenía un hermano, el conde de Rochefort, que fué envuelto en la misma proscripcion; para hacerla mas segura en sus resultados haciéndola mas infame, el baron de Norris, primer gentil-hombre de cámara del rey, Werton y un músico de la capilla real, llamado Smotton, fueron igualmente comprendidos en el plan que debía dar la victoria á los enemigos de Ana. Ella misma les abrió el camino con sus imprudencias.

Ana Bolena era mas vana que orgullosa fundando principalmente esta vanidad en su hermosura. Era coqueta y para obtener una mirada de admiracion prodigaba dulces sonrisas. Educada en la corte de Francia, había recibido allí esa galanteria, mas de palabras que de acciones, que fué el distintivo de los primeros años del reinado de Francisco I. El odio y la envidia se encargaron de esplicar las inconsecuencias de Ana, y la vizconde-

sa de Rochefort, cuñada de la reina, fué su primera acusadora. Nada respetaron sus calumnias. La naturaleza fué manchada hasta en su santuario por esta muger, á quien Enrique dió entero crédito, porque su alma corrompida tenía necesidad de caer en todos los vicios.

El primero de mayo de 1536 hallábase la corte en Greenwich y todos los palaciegos se divertían en bailar y cantar: jamás había sido mas viva la alegría de la reina. Enrique creyó ver que miraba á su hermano con una expresion que podía alarmarle; pocos instantes despues, el baron de Norris, luego que acabó de bailar, se sentó al lado de la reina; tenía calor; Ana se sonrió con él y le tiró su pañuelo.... El rey dejó oír una imprecacion terrible y en aquel mismo momento salió de Greenwich y se volvió á Londres. Durante aquel día se manifestó serio y pensativo. Esta marcha brusca y repentina confirmó á los enemigos de Ana en el pensamiento que los había irritado contra ella. La reina, siempre imprudente, no hizo mas que reirse cuando supo la marcha de Enrique.

—El volverá, dijo.

Pero Enrique no volvió; y en aquel mismo día todos aquellos acusados de haber participado del adulterio de la reina fueron presos y conducidos á la Torre.

Al saber Ana este efecto de la cólera del tigre á que estaba unida su cadena, no pudo menos de considerarse esta vez en peligro:

—Estoy perdida, dijo llorando á su madre y á mis Motherly, una de sus damas de honor, estoy perdida para siempre.

Al siguiente día en efecto, fué arrestada, y conducida á la Torre en una litera sin que se la permitiera llevar una sola persona en su compañía; allí fue encerrada en una pieza bajo el mas riguroso sigilo.

Apenas concebía Enrique un crimen, cuando ya quería gozar de él, así es que en el mismo día se creó un tribunal de doce jueces presidido por el duque de Suffolk, cuñado del rey (1). En 15 de mayo se reunieron en la misma Torre y la reina compareció ante su presencia. Protestó enérgicamente su inocencia, y arrodillándose, no delante de sus jueces, sino de Dios, juró por todo lo que los cristianos reconocen por mas sagrado, que estaba limpia de todo crimen.... Fué examinada con la mas escrupulosa rigidez é interrogada como una criminal de alta traicion; y sin embargo la infeliz no era culpable si no de falta de razon y excesiva ligereza. Confesó hechos tan nulos en su importancia que no le hubiera igualado la confesion de una niña: en fin el tribunal la absolvió, pero el duque de Suffolk obligó á los jueces á que volvieran á deliberar y esta vez fué condenada á muerte.

De todos aquellos á quienes había colmado de favores no hubo uno que se atreviese á levantar la voz para defenderla. Este ídolo de la fortuna fué abandonado desde que no pudo ser protector. Su tío mismo, el duque de Norfolk, llegó á ser su mas acérrimo y peligroso enemigo. Crammer fué el único que no la abandonó.

El tribunal que la juzgó, así como á su hermano, estaba presidido como ya lo he dicho, por el duque de Norfolk y compuesto del marqués de Exeter, del conde de Arundel y veinte y tres pares mas; presidiálo su tío como gran maestre de Inglaterra. Ana tuvo que defenderse á sí misma. La sentencia disponia que fuese decapitada ó quemada, segun la voluntad del rey.... Enrique tuvo á bien perdonarla de la pena de la hoguera.

Si la vida de Ana fué ligera y poco consecuente en sus acciones, su muerte fué acompañada de dignidad y nobleza; ¡Cuán cierto es que hay en el alma de las mugeres sentimientos muy grandes y generosos, aunque los hombres se los hayan negado por mucho tiempo! Si; el

(1) Marido de la hermana de Enrique VIII, viuda de Luis XII

corazon de una muger puede encerrar tanto valor como amor. Existe una carta escrita por Ana Bolena á Enrique algunas horas antes de su muerte. ¡Qué solemnidad hay en este pensamiento! *Voy pronto á morir...* Entonces todo lo que es mentira desaparece ante la inmensidad de la recompensa ó del castigo.

Hé aquí fielmente traducida la carta de Ana Bolena; ella es un pensamiento histórico para una biografía de muger.

«Señor: La cólera de vuestra magestad y mi encarcelamiento son cosas tan estrañas para mí, que ignoro como debo escribir y de que debo justificarme, y mi asombro crece de punto al saber que vuestra magestad desea que confiese toda la verdad, pues solo á este precio obtendré mi perdon, y al ver que habeis elegido para mensajero á mi mas mortal enemigo, apenas se me ha presentado vuestras disposiciones respecto á mi persona. Sin embargo, señor, si es cierto como decís, que una confesion sincera puede ponerme en seguridad, obedeceré vuestras órdenes con tanta mayor alegría y sumision, cuanto que mis confesiones pueden contribuir á recuperar vuestra estimacion.

«Señor, puesto que vuestra magestad me invita á que hable en nombre de la verdad, en nombre de ella misma, y cuando al sonar su hora, proclama que para el hombre ha pasado ya la de la mentira, protesto por ese Dios á cuya presencia voy á comparecer, que jamás príncipe alguno ha tenido una esposa mas fiel á sus deberes, ni mas tierna y sumisa que lo ha sido Ana Bolena para con vos; hubiérame bastado el nombre de *Ana Bolena*, si vuestra magestad no hubiera querido que llevara otro. No me ha deslumbrado tanto el brillo del trono á que me elevasteis, que no previera la desgracia que hoy experimento. Mas de una vez, en medio de ese fausto, me dije á mí misma, que puesto que mi elevacion era debida á un mero capricho, otro capricho podria derribarme. Vuestra magestad me sacó de una esfera oscura para sentarme á su lado en el trono de Inglaterra, para darme el título de reina.... y el mas precioso para mí de vuestra compañera. Uno y otro sobrepujaban á mi humilde condicion y á mis esperanzas, pero, señor, ya que me hallásteis digna de ese honor, no me prive un ligero capricho de vuestras bondades.... y el odioso borron que echarán sobre mi conducta las sospechas de crímenes que no he cometido, no manche jamás la memoria de la muger que fué de vuestra eleccion y la madre de la princesa vuestra hija; en hora buena, que se me juzgue, y que un tribunal decida de mi suerte, pero que no esté compuesto este tribunal de mis mas mortales enemigos... Señor, tened presente que al acusado no puede juzgar al acusado; que mis jueces sean elegidos entre los pares y los altos barones de Inglaterra, pero que sean justos y exentos de toda prevencion, entonces, señor, vereis mi inocencia, quedarán satisfechos vuestros deseos y tranquila vuestra conciencia, confundida la calumnia, ó descubierta mi crimen; entonces, señor, de cualquier modo que vos ó Dios decidan de mi suerte, vuestra magestad no estará espuesto á ninguna reconvencion, y una vez probada mi falta, tendreis derecho ante Dios y los hombres de castigar á una muger culpable y de consagraros á vuestra nueva pasion, si como creo estais decidido á reemplazarme con la persona por cuya causa me veo reducida al estado en que me encuentro. Hace mucho tiempo que me consta vuestra inclinacion hácia ella, y vuestra magestad no ignora mis inquietudes sobre este particular.

«Si ya habeis tomado decididamente vuestro partido respecto á mi persona, si es preciso que no solamente muera para aseguraros la posesion de la que amais, sino que una infame calumnia manche para siempre mi memoria, mi único anhelo es que Dios os perdone, como de todo corazon se lo ruego. ¡Ojalá no tenga que pedir os estrecha

cuenta de esa vuestra crueldad para conmigo en el día del juicio final! Pronto compareceremos ambos ante su tribunal; allí el mundo no ahogará ya la voz de mi inocencia; allí seré justificada.

«Pero aun estamos sobre la tierra, donde sois tan poderoso. ¡Oh señor y rey mío! yo soy enteramente vuestra, haced de mí lo que os plazca.... Pero todos esos fieles servidores que sufren por mi causa, señor, ¡oh! no me deis morir con el terrible pensamiento de que me servirán de cortejo fúnebre! Están inocentes, señor, tan inocentes como yo. Si es preciso que yo muera, ¡cumplase vuestra voluntad! Pero, ¿por qué han de morir ellos tambien? ¡Por qué ha de derramarse sangre inocente y pura! ¡Oh! En qué! si alguna vez os he sido querida, si alguna vez ha sido mi nombre dulce á vuestros oídos, concededme su perdon! Esta es mi última plegaria.... y no os importunaré mas.... rogaré á Dios por vos, por vuestra grandeza, por vuestra felicidad.

Vuestra leal y siempre fiel esposa,

Ana Bolena.»

En la Torre á 6 de mayo.

Esta carta triste y sentida no produjo otro efecto que acelerar la ejecucion de Ana. Enrique la habia condenado desde el día en que amó á Juana Seymour. Este hombre heria de muerte, como ya he dicho, todos los corazones que habian palpitado contra el suyo.

Ana se preparó á sufrir su sentencia. Antes de partir para el lugar del suplicio pidió en nombre del cielo á la muger del gobernador de la Torre que viese á la princesa María y la dijese de su parte que solicitaba su perdon por los disgustos y las afrentas que le habia causado, suplicándole que no la castigase en la persona de su hija Isabel y que fuese para ella una buena hermana.

Se vistió con una magnificencia verdaderamente régia.—Es menester estar hermosa, dijo, para figurar como la reina de la fiesta!.... Antes de morir envió un último mensaje al rey, no para solicitar ningun perdon, sino para darle gracias por lo que continuaba añadiendo sin cesar á su elevacion.

—De simple dama, le dijo, me habeis hecho marquesa, en seguida reina... y ahora no pudiendo elevarme mas me dais el nombre de santa.... por que muero inocente!

Cuando el gobernador de la Torre se aproximó á ella para avisarla que era hora de partir, lo recibió no solo con serenidad sino hasta con buen humor.

—El verdugo es diestro y ademas mi cuello es bastante delgado, dijo tomando la medida con su mano y riéndose.

Marchó al suplicio con estremado valor. Su hermosura, siempre admirable (1), lo fué mucho mas en aquel momento terrible, bajo los velos bordados de oro y de las pedrerías que la cubrian. Algunas cortesanas tuvieron la vileza de verla pasar cuando iba al cadalso: Ana las conoció, detúvose, mirólas con desprecio y les dijo con irónica sonrisa.

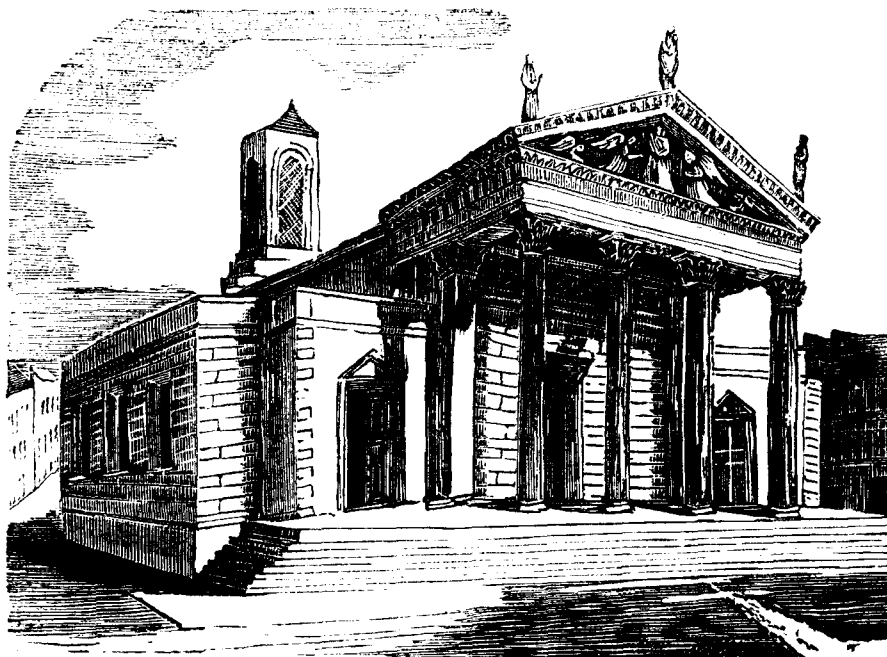
—A vuestro pesar, señoras, muero reina y como reina.

Sobre el cadalso hizo mil elogios del rey que no pueden atribuirse sino al temor de que su hija Isabel sufriese por ella lo que Catalina de Aragon habia hecho soportar á la princesa María por su obstinacion. Fué decapitada el 25 de mayo de 1536 por el verdugo de Calais, que habia sido llamado al efecto, como el mas hábil de Inglaterra. Su cuerpo fué arrojado en un ataúd de madera ordinaria y enterrado en la capilla de la Torre.

La justificacion de Ana Bolena está toda ella en la conducta de Enrique VIII. En el día siguiente á la ejecucion de Ana se casó con Juana Seymour; y el último responso de la misa de difuntos resonaba todavia cuando el sacerdote pronunció su bendicion sobre el nuevo matrimonio del marido de la que acababan de enterrar.

(1) Apenas contaba 30 años.

CAUSAS CELEBRES.



CARLOTA.



En la cumbre de una colina cerca del bosque del Reichendeich, y no lejos de Muhlbach, aldea de la Prusia Rhemana se eleva un templo consagrado á San José. Las romerías que se celebran allí en ciertos días festivos, atraen un inmenso gentío; pero en el resto del año, algunos campesinos de las cercanías que vuelven á sus trabajos, solo turban la soledad y el silencio de tan apartado sitio.

El 19 de julio de 1818, á eso de las cuatro de la mañana, subía un labrador por el estrecho sendero, que rodea la colina: su perro que le precedía algunos pasos, se paró de repente; lanzóse despues precipitadamente hácia el santuario y volvió en seguida al lado de su amo ahullando dolorosamente y dando las mayores señales de espanto. El labrador redobló el paso, y apenas se habia acercado á la puerta de la iglesia, cuando divisó el cadáver de un hombre jóven y de estatura elevada, y de noble y bella figura tendido sobre las gradas.

Corrió el labrador al pueblo á dar esta noticia, que circuló rápidamente de casa en casa, de tal modo que cuando el magistrado, acompañado del médico y del maestro de escuela se dirigió á la iglesia de San José, le seguía una multitud de curiosos, armados la mayor parte de bieldos y otros instrumentos de labranza; entre ellos destacaban los dos mas valientes del pueblo que iban de vanguardia ostentando sus viejas escopetas que habian cargado con bala.

Se halló el cadáver en el mismo sitio, y se reconoció

con la mayor escrupulosidad, á pesar de que se hallaba ya con síntomas de putrefacción; la ropa exterior habia desaparecido, hallándosele debajo de la camisa un pedazo de tela de seda, de color vivo, que parecia fragmento de un chal, plegado y colocado sobre el corazon. Una segunda faja le rodeaba el cuerpo, sujetándole la sangre, que se veía coagulada. Despues de habérsele levantado con sumo cuidado todas estas ligaduras, se descubrió una ancha y profunda herida, hecha con un instrumento agudo y de dos filos que le habia partido la arteria carótida. Tenia puestos pantalones blancos, y botas con espollines, conservando todavia un grueso anillo en la mano.

Como las cercanías de la iglesia eran tan poco frecuentadas, se descubrían en la tierra algunas recientes huellas (que parecia se habian tratado de borrar) que se encaminaban hácia el bosque, en direccion de una roca que coronaba el arruinado castillo de Ottemberg, morada de fantasmas, segun aseguraban los mas valientes del pais.

Durante el exámen del cadáver, uno de los presentes reconoció las cercanías siguiendo las huellas de que hemos hablado, y que le condujeron á las ruinas de Ottemberg, adonde entró sin vacilar, porque á las nueve de la mañana de un hermoso día de julio es la hora mas adecuada para desafiar á los duendes; un momento despues, volvió casi sin aliento para avisar que habia descubierto el sitio donde se habia cometido el crimen. Trasladados á Ottemberg, no quedó la menor duda de la veracidad del aserto: el piso de un grande y casi arruinado salon, estaba manchado de sangre, lo mismo que las paredes, mesa y sillas; advirtiéndose por el suelo algunos

pedazos de pan, restos de frutas, y una bellota rota, señales de una reciente comida.

Las huellas marcadas en el campo, y que salían de las ruinas de Ottemberg se prolongaban por el camino real de Beking en direccion opuesta á la de la iglesia, y habiéndolas seguido se halló muy luego un pedazo de tela del mismo chal, que cubria la herida de la victima, y poco despues al pie de una zarza, un guante de muger, nuevo y manchado de sangre, perdiéndose las huellas en el mismo camino.

No pudiéndose adelantar mas en las investigaciones por entonces, se dió sepultura al cadaver en el cementerio del pueblo, al anochecer, despues de haber estado espuesto todo el dia á la vista de una multitud de curiosos.

En la siguiente mañana se presentó un posadero al juez del canton, á quien dijo que habia reconocido en el muerto á un viagero que habia hospedado en la noche del 15 al 16 de julio, y que en la mañana de este dia habia proseguido su camino; pero que ignoraba completamente el nombre y la clase del desconocido, lo mismo que la procedencia y direccion.

Crea el posadero que fuese un oficial de alguno de los regimientos acantonados en el pais, describiendo, entre los objetos que le habia visto, un reloj con cadena de oro, una cartera de tafete encarnado, una bolsa de seda verde, y dos anillos, asegurando que uno de ellos era, el que como ya hemos dicho, se habia encontrado en la mano del cadáver.

Nada habia podido descubrirse en este asunto á pesar del proceso criminal que para ello se habia formado, cuando pasadas seis semanas, supo la policia que un tal Mr. de Bergfed, que hacia poco tiempo que se habia establecido en Coblenza, habia desaparecido. Suponian á Mr. Bergfed muy rico: habia venido de Francfort, y recorría continuamente las cercanias hasta las montañas de Vosges. Un antiguo soldado que habia sido su criado, y el propietario de la casa donde él vivia, se presentaron en Muhlbach: reconocieron al punto el reloj, y los anillos que habian llamado la atencion del posadero, asegurando el criado que las botas que tenia puestas el muerto, eran de su amo, y que las conocia por haberlas limpiado muchas veces.

Vivia Bergfed muy retirado en Coblenza, y algunas veces se le habia visto entrar de visita en casa de la señorita Lehmann, prima donna de la ópera; pero como nada se escapa del espionaje de los ociosos en un pueblo de tercer orden, no faltó quien observara que hacia ya algun tiempo que habia cesado en sus visitas: la enrruca tomó tambien su vuelo inopinadamente y no hubo una persona que supiera decir bajo que cielos habia ido á gojear.

Inútiles fueron todas las pesquisas practicadas para averiguar el origen de Bergfed: no se conocia en el pais ninguna familia de este nombre, por lo que despues de ocuparse algun tiempo la murmuracion pública de él nadie volvió á acordarse de semejante aventura.

Habia transcurrido un mes desde la desaparicion de Bergfed, cuando pasó por Muhlbach un diplomático que volvia de los baños, y oyendo hablar de aquel suceso, y sabiendo que el nombre de Bergfed pertenecia á una de las mas antiguas y nobles casas de la Silesia, cuyas armas conocia perfectamente, quiso examinar el sello del anillo que se habia encontrado al difunto, asegurando que era efectivamente perteneciente á un individuo de aquella familia.

El juez dirigió una carta á las autoridades de Breslau, y no tardó en recibir una contestacion firmada, *Fernando de Bergfed*: quien en la carta decia que era hijo segundo del antiguo baron Francisco de Bergfed y aseguraba que su hermano mayor Eduardo se

habia ausentado hacia dos años con intencion de viajar por la Europa, y no habian recibido noticias de su paradero.

«Todo nos hace temer, añadia, que haya sido mi hermano victima del crimen que se ha perpetrado en esa; por cuya razon tiene nuestra familia el mayor interés en que se aclare el misterio: mi hermano era casado, pero estaba separado de su muger, de la que solo habia tenido una niña que murió de muy corta edad: como nuestro mayorazgo recae de varon en varon, partiré al punto á Muhlbach.

Efectivamente, en el mes de diciembre llegó Fernando de Bergfed, y despues de haber examinado todos los efectos y papeles del difunto, dió por cosa segura que su hermano habia muerto, pidiendo un certificado que lo acreditase, documento que decia era indispensable para entrar en posesion de la herencia, que le habia de corresponder á la muerte, desgraciadamente muy próxima, de su anciano padre: pero se le contestó que no podria facilitársele el certificado que descaba, porque sin que fuera ofenderle, no era suficiente la aseveracion de un solo testigo, demasiado interesado en el asunto, aconsejándole que encargase á un abogado las investigaciones necesarias para averiguar mas pronto la verdad.

Fernando siguió el consejo que se le daba valiéndose al efecto del letrado Schelnitz, que gozaba en toda la provincia una muy merecida reputacion de inteligencia y actividad, y cuyo celo estimulaba por una parte la importancia de los intereses que se ventilaban, y por otra el deseo de aclarar el misterio, y el rango elevado de su cliente. Pronto su perspicacia descubrió algunos indicios. Habiendo marchado á Coblenza acompañado del hijo del baron, se dirigió á la habitacion de Eduardo Bergfed, cuyos efectos habian sido sellados. Despues de haberlos examinado escrupulosamente, halló en el bolsillo de uno de sus vestidos una esquila escrita en francés poco correcto, sin sobre y cuyo contenido decia asi:

«Condesiendo en la entrevista, con tal de que sea la última. Vuestras amenazas no me podrán nunca intimidar, porque os opondré las armas que me facilitan el honor y la virtud. He aquí mi decision. Debe cesar toda correspondencia. Hoy 13 de julio.— C.»

Fernando hizo que el juez sacase un fac-simile de este billete, que aunque no tenia ortografia, era de mucha importancia. «Esta esquila, le dijo, nos indica el camino de la verdad: hasta aqui hemos creído que habia sido asesinado mi hermano, por robarlo, y era un error porque el golpe ha sido dado por mano de una muger, el guante que cubria esa mano, se ha hallado cerca del lugar del crimen, y ella es la que ha trazado estos renglones. Ademas mi hermano, (y esto lo saben todos los que conocen á mi familia) aunque muy recomendable por todos conceptos, tenia el defecto de dejarse llevar por sus pasiones fogosas, defecto que ocasionó el que se separase de su muger poco despues de su casamiento, entregándose sin tregua á lances desagradables; en Coblenza parece que ha tenido relaciones con una actriz, que ha desaparecido casi al mismo tiempo que él.

Despues de nuevas y minuciosas investigaciones, se descubrieron algunas circunstancias, dignas de atencion.

Un joven campesino de 20 años, y de corta inteligencia, que habia subido hasta las ruinas de Ottemberg para cortar leña, dijo que en la mañana del 16 de julio habia visto cerca del viejo castillo á un hombre en traje de caza, que se paseaba con una señora que llevaba un sombrero de paja, una sombrilla, un vestido de colores muy vivos, pero que al punto los perdió de vista, por haberse internado en el bosque.

El guarda de una casa de baños de Podewil, pueblo situado no lejos de Muhlbach, dió una declaracion mas importante. Dijo que á cosa del mediodia del 16 de julio se habia presentado á la puerta del establecimiento una

señora vestida con elegancia, de muy buen cuerpo y figura agradable, á pesar de lo pálida y fatigada que estaba y cuyos negros cabellos, caían sobre sus hombros en desordenados bucles, para que se le curase una herida, que decía haberse hecho en la mano derecha; que su mujer la había lavado y vendado esta herida que era larga sin ser profunda, y que parecía hecha con un instrumento cortante: que en seguida había pedido un pañuelo limpio y que después de haberle dado un ducado, se había marchado precipitadamente, juntándose á los pocos pasos, con un hombre anciano vestido de leñador.

Un vecino, que estaba oculto detrás de un vallado, había oído un corto dialogo entre la desconocida y su guía, antes de que se hubiese dirigido á la puerta de los baños: segun decía, lloraba la desconocida, manifestando gran inquietud; diciéndola el leñador estas palabras.

—¡Por Dios! tranquilizaos. Vuestras lágrimas no lo han de resucitar: y por mi parte nada teneis que temer, por que seré mudo... mudo como una estatua.

Segun estos testigos, llevaba la señora una sombrilla de color claro, un sombrero de paja guarnecido de flores y un vestido de seda verde.

Fernando pareció muy satisfecho del resultado de estas diligencias. «Pronto, muy pronto, decía en una carta que dirigió al magistrado, descubriremos la verdad. Tenemos un guante de la mano derecha, y es indudable que la herida incógnita es quien lo ha perdido.»

La policía que no se descuidaba en sus pesquisas, creyó desde luego que debía tomar las señas de la señorita de Lehmann, y como sucede en tales casos, eran estas casi iguales á las de la desconocida. Después de algunos días se supo que la cantatriz se hallaba en Witemberg, pero ningún adelanto pudo hacerse en las investigaciones por este descubrimiento, porque la señorita Lehmann probó la coartada completamente, su pasaporte estaba en regla, y demostró hasta la evidencia que se había ausentado de Coblenza en el mes de junio sin que hubiese pasado otra vez el Rhin.

A pesar de todo se la hizo poner el guante, hallándolo demasiado pequeño para su mano, y costando no poco trabajo el sacárselo, para cuya operación fué preciso volverlo al revés, y entonces se descubrió otra particularidad en que hasta entonces nadie había reparado. En el interior del guante había escrito un nombre, que apesar de tener borradas muchas letras, se leía perfectamente. Enr. F.....ke. ¿Pero sería este nombre el del dueño del guante, ó el del que lo había fabricado? Esto era lo que se había de aclarar. El guante fué entregado á un agente de policía muy diestro para que sacase de él el partido que pudiese.

En este estado se hallaban las cosas cuando sobrevino una circunstancia imprevista. Con motivo de una festividad que se había de celebrar en la capilla de S. José, se la barrió y limpió completamente. Al abrir el cepillo de los pobres que estaba cubierto de telarañas, se halló en él una bolsa verde, cuyo moho indicaba que hacía mucho tiempo que estaba en aquel lugar. Contenía la bolsa unas cuantas monedas de oro y plata y un papel, cuyas grandes y mal formadas letras, decían. «Enterrad al difunto como cristiano católico, Dios os lo recompensará.»

Presentóse la bolsa al posadero que había dicho haber visto una del mismo color en poder del estrangero que había pasado una noche en su casa, y dijo que le parecía era la misma.

Cuando supo Fernando esta noticia, exclamó:—Bien había dicho yo, no ha sido por robarlo por lo que han asesinado á mi hermano: un ladrón no hubiera olvidado la bolsa. Insisto ahora mas que nunca en atribuir este asesinato á un acto de venganza ó de celos.»

Poco tiempo después tuvo don Fernando que volver á Silesia, porque el anciano baron se hallaba á las puer-

tas del sepulcro, debiendo dirigirse á Berlin á fin de obtener el certificado de la muerte de Eduardo, y la autorizacion indispensable para entrar en el goce de los bienes de su padre. Contaba con que sería apoyado por la familia de su cuñada, porque la renta que debía gozar esta siendo viuda, era mucho mayor que la pension que disfrutaba desde que se hallaba separada de Eduardo. No gustaba mucho á Fernando tratar á las personas con quienes tenia algun resentimiento, y no podia reprimir la aversion que tenia á su cuñada, porque la obstinacion con que se había opuesto su padre, el general conde de Heldebraht, á las proposiciones hechas por la familia de Eduardo para volver á unir á los esposos, había ajado el amor propio de los Bergfeld.

El 28 de junio de 1819, llegó Fernando á Berlin, dirigiéndose en seguida á la casa del general donde fué recibido de una manera no muy lisonjera, y á quien contó todo lo que había descubierto, oyéndolo el conde con el mayor interés. La viuda de Eduardo, Carlota de Bergfeld había salido, pero poco después de haber llegado Fernando á la casa del general, se paró su coche á la puerta, del que descendió Carlota entrando en seguida en el salen donde hablaba Fernando con el general. Al aspecto de aquel que se adelantaba hacia ella para hacerla un respetuoso saludo, palideció de tal modo que casi estuvo á punto de desmayarse, retirándose precipitadamente sin pronunciar una palabra.

Un testimonio tan ostensible é inequívoco de enemistad no pudo menos de afectar visiblemente á Fernando, por cuyo motivo el general á quien había igualmente disgustado la impolitica conducta de su hija, le pidió mil perdones.

Dos partidos había para obtener la posesion de la herencia; la declaracion de la muerte de Eduardo que parecia enteramente probada, ó bien, en atencion á que no se presentaba ni se tenia noticias de él, el que se adjudicasen los bienes por declaracion de ausencia. Para este último medio hubiera necesitado mucho tiempo, temiéndose ademas, que el magistrado, fiel observador de la ley y de las formas, no lo hubiera tal vez querido autorizar.

Desde entonces se vió obligado Fernando á visitar las oficinas del ministerio, ora hoviese ó hiciese buen tiempo, ora hubiese lodo ó escarcha, á pasar todo el día en las antecámaras y á usar una afectada política con los oficinistas. Entonces conoció todos los sufrimientos del asendereado oficio de pretendiente.

Como las pretensiones requieren mucha paciencia y largo tiempo, tuvo Fernando ocasion de volver á ver mas de una vez á Carlota, que á pesar de mostrarse fria y reservada, no trató de evitar de nuevo su presencia: el por su parte no podia menos de hacer justicia á su hermosura, que el vestido de luto hacía resaltar, y á la elegancia de sus maneras. A pesar de las faltas de que podía acusar á su marido, pagaba un justo tributo de sentimiento á una muerte tan desgraciada é inesperadamente acaecida.

Al final del mes de agosto recibió Fernando una carta de su abogado, en la que decía: «Voy á daros pormenores que me parecen de suma importancia: sin embargo vos juzgareis de ellos: prestadme un poco de atencion. Hemos hallado el guante de la mano izquierda, y que es tan parecido al que de la derecha existe en nuestro poder, como una gota de agua á otra; el nombre que está impreso en él, y que se lee perfectamente es Enrique Finake, y por si es el del fabricante, he escrito á varias partes para averiguar si existe uno de este nombre. Quiero contaros como hemos hecho este descubrimiento. El agente de policía á quien se le había entregado el guante de la mano derecha se le enseñó á la señorita Enkel, modista de Mühlbach. Mad. Rumer una de las parroquiana de dicha modista examinó el guante con cui-

racion de un asunto que tanto habia llamado la atencion publica, se presentó en mi casa á los tres dias trayéndome el de la mano izquierda. La señora de Rumer era íntima amiga de la familia del ministro protestante Gaeben, y estando hablando con las hijas de este sobre algunos puntos relativos al tocador, la segunda de ellas al abrir una cómoda, dejó caer un guante viejo que estaba vuelto del revés á los pies de la señora de Rumer, quien al levantarlo, leyó el nombre de Enrique Finake.

—¿De dónde os ha venido este guante? querida Carolina, le preguntó.

—La doncella de una señora de Berlin que ha estado aquí este último verano, lo ha dejado olvidado sin duda.

«No perdí un momento, añadía Schelnitz, y escribí en derechura al ministro Gaeben, quien ha venido á verme esta mañana acompañado de la señorita Carolina su hija. Ambos parecían temer que un descubrimiento tan frívolo en las apariencias, tuviera algun desagradable resultado para ellos, por lo que despues de haberles asegurado de que nada debían temer, supliqué á la jóven que me contase detenidamente y con franqueza el modo con que el guante habia ido á su poder; y condescendiendo Carolina á mis deseos, me puso al corriente de todo lo que anhelaba, con la mayor ingenuidad y candor que podeis imaginar.

La señora de Weltheim, viuda jóven que residia ordinariamente en Berlin, habia pasado algun tiempo en casa del baron de Schowald que distaba muy poco de Muhlbach, y por esta razon la habia conocido Carolina cantando con ella varias veces. Cuando dispuso su partida, ayudó la hija del ministro á la doncella de la viuda á arreglar los innumerables paquetes, cajas y baules que componen el equipage de una señora de sociedad, y sin los que jamás se ponen en camino. En una cajita llena de flores marchitas y de cintas ajadas, estaba el guante sin compañero, y al tirarlo la doncella como cosa que no servia, lo recogió Carolina, asegurando que lo conservaria como un recuerdo. Esto es lo que me ha contado la señorita Gaeben, y estoy firmemente persuadido de que no me ha metido. Acordaos de la esquila, que escrita en mal francés se halló entre los efectos de vuestro hermano, y recordad que al pié de ella se veia una gran C.: no olvidando este indicio, me he informado del origen de la doncella de la señora de Weltheim, y he sabido que es francesa, y que se llama Cecilia. Creo que esta coincidencia llamará vuestra atencion, como ha fijado la mia. He sabido tambien que esta Cecilia es de estatura alta y delgada, y que por lo tanto no puede confundirse con Carolina, que es baja y rehecha. Respecto á la señora de Weltheim, solo he podido inquirir que pertenece á una familia que ocupa un elevado rango en esa capital.

Estos vagos indicios, mirados separadamente casi parece que carecen de interés, pero examinados reunidos y con detencion puede que nos indiquen el camino que debemos seguir para descubrir la verdad.

—Es extraño, exclamó Fernando al acabar de leer la carta, que de Schelnitzal importancia á unas circunstancias, que á mi parecer son meramente casuales. Nada es mas fácil que poseer mil docenas de guantes, que tengan impresos el nombre del fabricante. Pero ya es hora de que me dirija á casa del conde de Heldeurath; tal vez haya descubierto un medio de librarme de las fastidiosas formalidades, indispensables para declararme legítimo heredero.

El conde no estaba en casa: pero la condesa que acababa de llegar de una de sus posesiones, recibió muy cortesmente á Fernando, á quien veia por primera vez desde su vuelta á Berlin. La condesa gustaba mucho de la conversacion, por lo que hizo que la contase muy detenidamente todo lo que se habia descubierto acerca del cadáver hallado en la iglesia de S. José. Todo lo terri-

ble, y mucho mas si lo sazona el misterio, es un plato delicioso: protestando que no tocáremos semejante manjar, y saboreamos con avidez hasta la última migaja.

Así que Fernando acabó su relacion, le preguntó la condesa.

—¿Vuestro hermano ha sido enterrado en las cercanias donde murió tan funestamente?

—Si señora; yace en el humilde cementerio del pueblo, á muy poca distancia de Muhlbach.

—¿En Muhlbach! Si Carlota lo hubiera sospechado! hallándose tan cerca de allí!

—¿Como señora!... ¿ha estado mi cuñada en Muhlbach?

—Fué á pasar una temporada en casa del baron de Schowald, á una legua escasa de Muhlbach; pero vos debeis conocer el baron de Schowald, es es un hombre de mucho talento y gran cazador. ¡Y la baronesa! Dios mio, qué muger tan singular! mientras estuvo en Dresde, se habló mucho de ella; yo tambien me hallaba allí: no creais que hablo de ayer.... no: el tiempo corre con mucha velocidad.

Bien hubiera podido la condesa seguir hablando tres horas, sin temor de ser interrumpida, porque Fernando estaba entregado á las reflexiones que le habia escitado tan inesperada declaracion. «¿Como! decia para si, ¿con que Carlota se ha hallado en el sitio donde se ha cometido el crimen, y lo ignora? ¿Con que tanto ella como su padre han guardado silencio sobre un asunto, en que hubieran podido instruirme?

Despues de despedirse de la condesa, volvióse pensativo á su posada. He aqui una tercera C. se decia á sí mismo, ¿será por ventura ésta la que buscamos? Así que estuvo en su habitacion volvió á tomar la carta de Schelnitz, y despues de haberla leído palabra por palabra, un rayo de claridad parecia que iluminaba su cerebro. «Si, pensaba en su interior, el billete del 15 de julio es de la mano de Carlota; está escrito en mal francés, y esto mismo me afirma en mi opinion, por que sé que solo tiene un conocimiento muy superficial de esta lengua. El guante acusador es suyo, y ella ha sido la que fué al establecimiento de baños para que la curasen la herida: las señas que de esta señora nos han dado, convienen exactamente con las suyas. La turbacion, el espanto que manifestó cuando me ha visto, son indicios que la condenan. Inútil es querer luchar contra la evidencia de los hechos; estos no dejan la menor duda. ¡Carlota de Heldeurath habéis asesinado á vuestro marido! Bien, yo vengaré á mi hermano!»

¿Pero como arrancar la máscara á la culpable? Apesar de haber estado Fernando toda la noche buscando un medio para llegar al fin que anhelaba, no halló ninguno que lo satisficiera, por lo que se dirigió el día siguiente al palacio de Heldeurath dispuesto á hacer recaer la conversacion sobre un asunto, del que esperaba obtener nuevos indicios.

Halló juntas á la condesa y su hija: despues de las frases vagas de costumbre, habló Fernando de las minuciosas pesquisas á que se entregaba la justicia sin descanso á fin de descubrir el crimen, teniendo fija la vista en las facciones de Carlota sin que descubriese en ellas ninguna señal de confusion.

Nada adelantará, se decia en su interior, con estos rodeos; ataquemos de frente: y sin detenerse en reflexionar, y dirigiéndose á Carlota la dijo:

—¿Conoceis á la familia Schowald, que vive no lejos de Muhlbach?

—La he visto algunas veces.

—¿Tal vez conoceréis en Muhlbach á la hija de Gaeden.

—Ese ministro tiene varias hijas

—Os hablo de la segunda, de Carolina.

—Es una muchacha muy apreciable, á quien amo mucho.

—Pues bien, parece que se halla complicada, de un modo bastante grave en este horrible asunto, y la policía ha descubierto....

—¿Qué ha descubierto? exclamó Carlota, dando un salto sobre su silla, en tanto que sus mejillas se cubrían de una palidez mortal. ¡Pobre Carolina! es inocente, enteramente inocente! Dios mío, ¿será posible...? ¡Ah! no, partiré, iré, puedo salvarla.

Carlota cayó desmayada; su madre tiró con todas sus fuerzas del cordón de la campanilla, en tanto que Fernando, después de haber tomado el sombrero, se lanzó á la calle bajando precipitadamente la escalera.

Todo está ya descubierto, pensaba Fernando; Carlota se obliga á demostrar la inocencia de Carolina, luego conoce al autor de su crimen: en este caso nada tengo ya que hacer. Acababa de disponer que le preparasen dos caballos, cuando recibió un aviso de que Carlota, quería tener una entrevista con él.

La señora de Bergfeld recibió á su cuñado con tranquilidad: respuesta ya de la emoción, que no había podido disimular cuando le dieron la noticia tan de improviso, anhelaba saber de que se acusaba á Carolina, y en qué se fundaba una inculpación tan seria.

Fernando se explicó muy poco, limitándose á decir que su abogado le escribía sobre este asunto en términos vagos, aunque muy alarmantes, hablándole de graves sospechas que recaían sobre la hija del ministro protestante; añadiendo que tal vez á aquella hora estaría Carolina arrestada. Carlota le manifestó que su intención era marchar sin tardanza á Muhlbach, donde presentaría pruebas que harían aparecer la inocencia de su joven amiga; la condesa se dispuso para acompañar á su hija, en atención á que el general padecía de sus antiguas heridas, tanto que á la menor fatiga volvían á abrirse, y de consiguiente no podía emprender tan largo viage.

Mucho agradó á Fernando esta disposición porque con la presencia de Carlota en el sitio donde se había cometido el crimen, esperaba descubrir mejor el misterio y después de haberla dicho que se restituiría inmediatamente á Silesia se retiró, tomando en aquella misma noche el camino de Coblenza á donde quería llegar antes que su cuñada. Schelnitz, con quien se reunió al momento, después de haber escuchado con suma atención la relación de todo lo ocurrido en Berlin, le dijo: «También tengo yo que comunicaros algunas noticias, que me ha dado un criado que ha estado al servicio del baron de Schowald. El 16 de julio, era sábado, día en que se reunía en Muhlbach toda la sociedad del cantón. La señora de Welthein fué á ella no solamente acompañada de los Schowald, sino también de la señora de Rosen y sus dos hijas, llegando por la mañana temprano; á las once de la mañana dejó á sus amigas y no volvió hasta el anochecer. Muy importante sería saber que había hecho durante esta ausencia, y los Schowald y las de Rosen podrían suministrar algunos datos. Os aconsejo que os dirijáis muy particularmente á estas últimas: sus posesiones están de venta; presentáos en su casa, como si quisiérais comprarlas; he aquí un medio por el que seréis bien recibido.

Durante la visita procurad saber todo lo que ocurrió en ese sábado funesto. Si vuestra cuñada se hizo una herida, las señoras de Rosen; no lo deben ignorar; informaos de como estaba vestida la señora de Bergfeld en ese día, esto lo sabreis facilmente porque es cosa que no olvidan las mugeres en cien años, y entonces veremos si el vestido que tenía puesto conviene con el que llevaba la señora que se presentó en los baños.»

Fernando siguió exactamente este consejo: presentóse en casa de la señora de Rosen; examinó minuciosamente toda la posesión, sin perdonar siquiera una mata. Con el pretexto de que esperaba órdenes de su padre, aunque su verdadero objeto era tener un medio para reiterar las

visitas, no cerró el contrato, y después de haber hablado de mil cosas indiferentes, hizo caer la conversacion sobre la señora de Welthein; confesó que la conocía, dando á entender que era su apasionado, pudiendo de este modo hacer algunas preguntas acerca de lo que había hecho durante el día que había pasado en Muhlbach; á todas estas preguntas le contestaron lo siguiente.

Poco tiempo después del desayuno, una muchacha trajo una carta para la señora de Welthein, en la que una antigua amiga y compañera de colegio que vivía en las cercanías, la pedía que fuese á visitarla. La señora de Welthein, tomó en seguida su gorro y su chal, y siguió á la muchacha, no volviendo hasta la noche que se presentó turbada, con los ojos como si hubiese llorado, contestando á las preguntas que se le hicieron sobre la causa de su pesar, que lo motivaban las desgracias que habían afligido á su amiga y que acababa de contarle.

Continuando diestra y atrevidamente en su papel de inquisidor, supo Fernando que la señora de Welthein llevaba de ordinario un vestido de seda verde, aunque no pudieron asegurarle que se lo hubiese puesto el 16 de julio, añadiendo ultimamente una de las señoritas de Rosen, «que se hallaba tan turbada, que cuando volvió *no traía mas que un guante*, cosa muy rara en una persona tan cuidadosa como ella, hasta en las cosas mas diferentes de su adorno; así que habiendo llamado mi atención verle una mano con guante y otra sin él, se lo hice reparar, á lo que me contestó:—Es verdad.... no lo había advertido.... sin duda lo he dejado olvidado en casa de mi amiga al tiempo de quitármelos, es una distracción muy natural.»

Después de haber averiguado Fernando mas de lo que deseaba se despidió de las señoras de Rosen, pasó á ver á Schelnitz, quien no dudó declarar á Carlota de Bergfeld asesino de su marido. Sin embargo trató de informarse de si en Muhlbach ó en sus cercanías había estado una señora llamada madama Treskow en el mes de julio de 1818 y de si la conocían; pero nadie había oído hablar de la tal señora. Entonces extendió el abogado una querrela en forma, que después de firmada por Fernando fué presentada al juez de Coblenza.

En tanto que el magistrado examinaba con atención las piezas de este tenebroso asunto, Carlota y su madre que habían salido de Berlin, llegaron á Coblenza sin saber que Fernando las había llevado la delantera. Deseosa la señora de Bergfeld de saber en que se fundaba la acusación contra su amiga Carolina Gaeben, escribió á Schelnitz.

Fijó el abogado su atención con sumo cuidado en la carta de Carlota, hallando una semejanza completa en la letra con la del billete escrito en mal francés que se había encontrado entre los efectos de Eduardo: terrible era este nuevo cargo; Fernando y el juez confrontaron ambos escritos, y quedaron convencidos de que la letra era igual y que la señora de Bergfeld era quien había escrito la es-
quela firmada con una sola C tan inconcebible por tanto tiempo; así como las pocas palabras del papel que fué hallado en el cepillo de los pobres de la iglesia de san José.

El magistrado suplicó á Carlota que se sirviese pasar á su casa, lo que verificó esta inmediatamente. Después de algunos políticos preámbulos, y de algunas espresiones de sentimiento por la pérdida desgraciada de su marido: Ved señora, la dijo el magistrado la situación en que nos hallamos. Vuestro cuñado M. Fernando de Bergfeld ha llamado la atención de la justicia contra la señorita Carolina Gaeden, á quien acusa de homicidio, asegurándome de que tiene documentos para probarlo, á pesar de que aun no me los ha enseñado. Parece que vuestra intención al hacer tan largo viage, ha sido el desvanecer las sospechas que de esa jóven se tiene. ¿No es así?

—Sí señor: no puedo permitir que se sospeche de Carolina.

—¿Y por qué?

—Porque sé que la señorita de Gaeden no ha conocido á mi marido ni nunca lo ha visto.

—Señora, eso es muy extraño: ¿cómo podeis saber lo que ha hecho vuestro marido? ¿Cuando lo visteis por la última vez?

Carlota conociendo que se hallaba en un terreno muy resvaladizo, contestó en seguida:

—Mis padres me impidieron que tratase y volviese á ver al baron de Bergfeld desde nuestra separacion. Tocante á este asunto creo que no estoy obligada á dar cuenta de las causas que tuvieron.

—Permitidme, señora, repuso el magistrado, que sin embargo os pregunte si pasásteis el día 16 de julio del año anterior en Muhlbach,

—Si señor.

—¿Era día de reunion?

—Si señor.

—¿Sabado?

—Creo que sí.

—¿En que ocupásteis la mañana?

Carlota se detuvo y una palidez mortal apareció en sus mejillas.

—La señora de Rosen y sus hijas han declarado que os ausentásteis desde muy temprano, no volviendo hasta entrada la noche.

—No puedo comprender, respondió Carlota, que fin se ha llevado en tomar declaracion á estas señoras, ni á que se dirigen estas preguntas.

—Permitidme, señora, que os haga reparar que no habeis contestado á la mia, y sin embargo debeis hacerlo para justificarnos.

—Para justificarme! luego he sido acusada! Ahora conozco á donde se dirige vuestro capcioso interrogatorio: no me humillaré dando mas esplicaciones; seria deshonrarme; callaré por lo que á mí misma me debo.

—Obrad como creais que lo exige vuestro deber: ya sabeis mi resolusion.

El magistrado creyó de su obligacion proceder al arresto de la señora de Bergfeld, carcándola al siguiente día con el portero de los baños de Pondewil y con la muger de este: ambos reconocieron en ella del modo mas formal á la señora que se habia presentado el 16 de julio á la puerta de su establecimiento.

Aunque no se permitia á la arrestada ninguna comunicacion, se tenian con ella las mayores consideraciones, dándole libros, facilitándole un piano y cuanta música pudiese anhelar. Se la suplicó que permitiese que los médicos inspeccionasen su mano para que declarasen si habia alguna señal de herida; y efectivamente, por medio del lente y del tacto se reconoció una cicatriz en medio de la palma de la mano, pero casi tan imperceptible que podia ser objeto de muchas dudas.

El baron de Schowald y su familia recibieron orden de presentarse ante el juez que instruía el proceso. A pesar de que estos los ignoraban, eran publicos ya los lazos que unian á la amiga que habian alojado en su casa con el desgraciado cuyo cadáver se habia hallado sobre las gradas de la iglesia de San José.

Nada interesante pudo averiguarse por este medio, á escepcion de lo que arrojó la declaracion prestada por la hija mayor de Schowald. Habia seguido esta una correspondencia epistolar con la señora Welthum (ó de Bergfeld, porque era una misma persona) desde que habia marchado esta de Muhlbach á fines de julio de 1818, á pesar de que habia dicho que permanecería en dicho pueblo hasta octubre. En sus cartas habia hablado la señorita de Schowald del asesinato que tanto llamaba la atencion del pais, manifestando la de Bergfeld mucho interés en este asunto, y preguntándola repetidas veces si se habia descubierto algo respecto á él. Habíase encontrado en un cuaderno de música, que se habia dejado un pedazo de

papel, en el que estaba escrito de mano de la señora de Bergfeld un borrador en que se leía: «Aprecio los motivos que os dictan el consejo que me dais; pero estoy resuelta, quiero verle: es preciso poner fin á un estado, cuya incertidumbre es un suplicio para mí. El me conoce, y sabe que en un momento decisivo, la debilidad de mi sexo....»

Aquí concluía el pedazo de la carta.

La condesa de Heldeurath se determinó á marchar inmediatamente á Berlin, para instruir á su marido con todos los miramientos posibles de la situacion de su hija, obteniendo el permiso de despedirse de Carlota. Por una gran casualidad, una persona dotada de un excelente oído, se hallaba en la pieza inmediata, perteneciendo tal vez tambien por casualidad á la policia: una curiosidad harto indispensable, le hizo aproximarse al tabique que lo separaba de la habitacion de la arrestada, y escuchar con atencion la siguiente conversacion.

—Desgraciada hija, la dijo la madre, temo que no te sean desconocidas todas las particularidades respecto al asesinato de tu marido.

—Madre mia, Dios sabe lo que ha pasado: ninguna explicacion puedo dar sobre este asunto: sea cualquiera mi suerte, la sufriré con resignacion y callaré.

Dióse orden para que se sellasen los papeles y efectos que pertenecian á la señora de Bergfeld, en Berlin, inspeccionándolos ante el juez sin que descubriese nada de particular en ellos. Solamente se halló un cofrecito, el reló de oro que la arrestada habia regalado á su esposo cuando se casaron, y el anillo de boda que Eduardo llevaba ordinariamente. ¿Como se hallaban estos objetos en poder de Carlota? ¿Se los habia enviado su marido despues de su separacion? Hallóse tambien y sea dicho de paso, entre varias cuentas de mercaderes, algunas firmadas por Enrique Finke del comercio de guantes número 91, *Wilhelm-Strase*.

Al mismo tiempo se pidieron informes de la historia del mal avenido matrimonio, cuyas desgracias ocupaban la pública atencion.

A los 17 años Carlota de Heldeurath, hija de padres de alta clase, aunque de mediana fortuna, se habia casado con Eduardo de Bergfeld, calavera de 24 años, elegante, infatigable bailarín, fanático músico y disipador sin igual. Cuando se casaron, creyeron ambos que se amaban; un año despues, tuvieron un hijo que estrechó algo mas los lazos de su union, pero una aguda enfermedad acabó con él antes de seis meses. Esta prematura muerte llenó de desesperacion á la madre, que al cabo de algun tiempo trató de buscar distraccion en el torbellino del gran mundo haciendo los mas dispendiosos gastos. Eduardo acostumbrado á pasar la vida militarmente, se entregaba sin reflexion á sus pasiones; y llamando muy particularmente la pública atencion, una intriga amorosa en que representaba el principal papel; irritada su muger con semejante conducta, se retiró á casa de sus padres. Este paso causó mucho pesar á la familia de Bergfeld, pero habiendo prometido Eduardo enmendarse, lo perdonó Carlota volviendo á la casa de este, aunque poco despues hubo en el matrimonio desavenencias mucho mayores. Furioso el conde de Heldeurath contra su yerno, tuvo que contenerse mucho para no desafiarlo; pero pidió una separacion legal de cuerpos y bienes. Eduardo por su parte, á quien semejante determinacion no podia ser indiferente, no quiso permanecer mas tiempo en una casa, donde tan cruelmente habian censurado su conducta, y se marchó diciendo que iba á recorrer el mundo, y que no volveria en mucho tiempo. La muerte de su madre que acababa de acaecer, lo habia hecho dueño de una crecida suma; en seguida se ausentó y no volvió á saberse de él. Su muger permaneció en Berlin, donde no habia faltado mas que dos meses. En el Verano de 1818, que hizo un viage á las

provincias del Rin, porque atendiendo los médicos á su quebrantada salud, le habían ordenado el cambio de aires y el ejercicio.

Aunque buena en el fondo, pero viva, arrebatada, y dispuesta siempre á ceder á la impresion del momento, Carlota, se entregaba en el acceso de su rabia, á algunos actos, que despues le causaban pesar: su gusto al lujo, y su falta de economía la acarrearán disgustos de consideracion. Habia hecho la conquista de un gran personaje, que le hubiera ofrecido con mucho gusto su nombre y su riqueza, si la existencia de Eduardo no hubiera sido un obstáculo insuperable.

Pesaron los jueces estos antecedentes, é hicieron en seguida que se buscasen á tres sujetos cuyo conocimiento creyeron indispensable: eran estos el leñador que habia acompañado á la desconocida, cuando se presentó en los baños de Podewitz y que se habia ausentado sin que hubiese podido obtenerse despues noticias de su paradero. Cecilia, la doncella que habia acompañado á la señora de Bergfeld en su viaje y que habia dejado su servicio despues de su vuelta á Berlín, en cuya capital se casó: no sabia escribir, diferenciándose tanto en el físico á su ama que era imposible el que pudiesen confundirse.

No podia recaer sobre esta la mas ligera sospecha, ni la justicia sacó el menor provecho de su declaracion. Ultimamente se hizo venir á la muchacha que habia servido de guia á la señora de Bergfeld, el 16 de julio de 1818, cuando se separó esta de la compañía de las de Rosen, respondiendo á las preguntas que se le hicieron del modo siguiente, «He estado sirviendo dos años al zapatero de Muhlbach. En el mes de mayo de 1818 una señora llamada Wunderlich alquiló una habitacion en la misma casa. Un día á mediados de julio, mandó á decirme que tenia que darme un encargo. Subi inmediatamente y hallé á un caballero joven en cuya presencia me entregó una carta cerrada, diciéndome que la llevase á una señora cuyo nombre no recuerdo. Hallé á esta señora la que, despues de haber leído dicha carta me dijo que estaba dispuesta á seguirme, dirigiéndonos pronta y silenciosamente, porque así lo exigia la misma hacia la casa donde me habian dado el billete. Recibíome á la puerta la señora de Wunderlich y despues de haberme dado una moneda me despidió. Desde entonces nunca he vuelto á ver en Muhlbach ni al caballero, ni á la tal señora, no pudiendo acordarme del vestido que llevaba esta, pero el caballero era alto, delgado, tenia grandes vigotes, pantalones blancos y botas con espolines.»

Estas señas convenian exactamente con las de Eduardo, y con las del cadáver hallado el 19 de julio: y Carlota fué conocida al momento por la muchacha. En cuanto á la señora de Wunderlich nada mas se supo sino que se habia ausentado de *Sain Vendel* desde el mes de setiembre, sin que se supiese su paradero, y ni si era verdadero el nombre que llevaba. Cuando se concluyó esta larga y minuciosa sumaria, de la que resultaba suficientemente probado el delito, se hizo comparecer á la acusada ante el tribunal de Colonia: uno de los mas distinguidos jurisconsultos de Berlin, doctor en el derecho de la universidad de Koenigsberg, y antiguo amigo de la familia de Heideurath, solicitó ser el defensor de Carlota.

Llegó por fin el día destinado para la vista de la causa, tan impacientemente deseado. Un inmenso gentío asediaba desde las 3 de la mañana las avenidas del palacio de justicia, y á pesar de una fuerte tempestad, y de la lluvia que caia á torrentes, nadie se movió, sin casi reparar que se mojaban hasta los huesos.

Al mediodía, mandó el presidente que trajesen á la acusada. Presentóse esta palida, pero bella como siempre y sin demostrar alteracion. Llevaba un vestido negro y un velo del mismo color, rodeando su cuello una delgada cadena de oro.

Despues de las preguntas de costumbre, se procedió

al axámen de testigos: eran estos 44 y todas sus declaraciones confirmaron los detalles de que hemos hecho mencion sin añadir nada nuevo. Dos días se emplearon en este examen, acrecentándose mas y mas la impaciencia del publico. El fiscal reasumió todos los cargos que resultaban del proceso contra la señora de Bergfeld: hizo ver que el 16 de julio habian estado juntos los dos esposos en el antiguo castillo de Ottemberg: que en este sitio habia ocurrido una terrible escena entre los dos sujetos igualmente propensos á encolerizarse, y que ambos se hallaban exasperados; tal vez Eduardo se habia valido de la fuerza para obligar á su muger á que le siguiese, y en todo caso no se podria suponer que hubiese ella clavado su cuchillo en el corazon de su marido? El fiscal concluyó pidiendo contra la acusada la vindicta de la ley.

Concluida la acusacion, se susendió la audiencia por una hora, empezando por todas partes el murmullo de las conversaciones particulares. A escepcion de algunas señoras nadie se atrevia á afirmar la inocencia de Carlota: no se creia que hubiese manchado sus manos con la sangre de su marido, pero ¿no podia haber sido espectadora ó instigadora tal vez, de un crimen cometido por una mano que aun permanecia oculta? Nadie se determinaba á desechar esta hipótesis.

El defensor de la acusada fué escuchado con la mas profunda atencion desde el principio hasta el fin de su discurso, tanto que se hubiera oido el ruido de un alfiler al caer en medio de aquel numeroso concurso.

Empezó su defensa manifestando la admiracion que le habia causado el que tuviese el tribunal por cosa cierta que el cadáver hallado en la iglesia de S. José, fuese el de Eduardo de Bergfeld. Ninguno de los que habian visto el cadáver antes de dársele sepultura, conocia á Eduardo, ademas de que no bastaba para afirmar el aserto, la mayor ó menor semejanza que este pudiera tener con aquel, semejanza indudablemente aumentada por la imaginacion de los testigos preocupados. Tambien se creia reconocer en el muerto á un extranjero que acababa de establecerse en Coblenza. Los gustos de este sujeto y su solitaria vida no podian equivocarse con la agitada y turbulenta existencia de Eduardo. Pero ¿el anillo? se dirá, ¿nada prueba? No, porque un anillo puede ser robado, perdido, regalado ó vendido. Asegurais que Eduardo de Bergfeld ha sido asesinado, y no presentais de una manera cierta el cuerpo del delito.—En seguida enumeró el abogado los infinitos casos que ofrecian los anales de los tribunales, acerca de muchos inocentes condenados y ejecutados por asesinatos cometidos en personas que luego mas tarde, pero cuando ya no es tiempo, déjanse ver sanos y robustos.

Concediendo en seguida por un instante, que el muerto fuese Eduardo de Bergfeld, procuró destruir los cargos de la acusacion: tres horas y media duró su defensa, de la que creemos conveniente hacer un resumen.

Negó la identidad de los escritos, y redujo á su mas minimo valor de los chismes de unos y otros, y las habladurias de algunos testigos: examinó una por una todas las circunstancias y las hizo aparecer sin el carácter de gravedad que se las habia dado, admitiendo por ultimo que el marido de Carlota hubiese sido asesinado, y que ella hubiese presenciado tan horrorosa escena, ¿no se debia suponer que lo hubiese visto sucumbir á manos de un asesino, y que tratando de defenderlo habia recibido la herida que tanto habia dado que decir? ¿Y en cuanto á su obstinado silencio, no podia suponerse que lo motivase un juramento que la hubiesen exigido los asesinos, y cuya venganza temiese? Suposicion por suposicion, mejor era esta que la del fiscal.

El presidente tomó en seguida la palabra para hacer el resumen, y no habia llegado á la mitad de su discurso en el que dejaba ver tanto celo como imparcialidad, cuando un portero le entregó un papel que acababa de reci-

bir. El magistrado despues de leerlo dijo sorprendido; Oid el contenido de este papel sin firma que acabo de recibir en este momento.

«Pido ser oido ahora mismo: la acusada es inocente. —Que entre el autor de este papel.

La agitacion y la curiosidad habian llegado á su colmo.

«Es Eduardo de Bergfeld, decian unos.» «No, no es él, exclamaban otros al ver entrar á un hombre de elevada estatura, y de un aire verdaderamente militar. Al verle Carlota lanzó un agudo chillido.

Adelantóse el desconocido no sin trabajo hasta que se colocó delante de los jueces. «Me llamo, exclamó Jorge de Rothkirch, oficial del tercero de gragones. Solicito permiso para hablar un instante con la acusada, y despues daré todas las esplicaciones necesarias.»

El presidente consultó al tribunal, el que condescendió á la entrevista, conduciendo á la acusada á una habitacion que estaba al lado de la sala de las sesiones.

—Señora, le dijo el recién llegado; la muerte ha roto todos los lazos que os habias impuesto: vuestro padre no existe. Ha muerto bendiciéndoos, é ignorando todas las penas que sufrís. Autorizadme para que releve al tribunal la verdad.

Carlota solo respondió con una mirada de reconocimiento y abundantes lágrimas.

Estrano parece que nada supiese el conde de Helldentrath acerca de un proceso en que tan gravemente se hallaba implicada su hija; pero es preciso tener presente que se habian tomado las mayores precauciones para que ninguna noticia de este desastroso negocio llegase á oídos del general, no habiendo entonces en Prusia periódicos que anunciasen el menor crimen que pudiera llamar algo la atencion.

Jorge Rothkirch se esplicó de este modo.

—Residia en Coblenza en 1818 donde hallé á Eduardo Bergfeld á quien conocia ya: estaba cansado de la vida que llevaba, estenuado y descontento de si mismo y de los demas. Me habló con la mayor franqueza respecto de los disgustos que habia tenido con su muger y del deseo de reconciliarse con ella. En vano buscaba distracciones en las mas escogidas reuniones que solo le inspiraban ya tédio y repugnancia.

Amigo yo del baron de Schowald, frecuentaba mucho su casa, donde vi en el mes de junio á una señora que se llamaba madama de Weltheim, cuya hermosura y gracia me cautivaron de tal modo, que hablé de ella á Eduardo; este deseó ver al punto á una persona que yo alababa tanto, y como no podia ni queria visitar la casa del baron, recurrimos al medio de que la viese en un paseo publico.

—Amigo mio, me dijo con la mayor emocion, cuando la vió: esta es mi muger.

Desde luego consintió en que me encargase de arreglar la reconciliacion entre él y Carlota, y aunque rehusé por el pronto tomar parte en asunto tan delicado, al fin cedi á sus repetidas instancias. No me detendré en numerar los paseos que di, porque esto me obligaria á separarme mucho del asunto que motiva mi declaracion. Me limitaré á decir que inflexible al principio la señora de Bergfeld, porque estaba segura de que jamás perdonarian sus padres á Eduardo, no quiso verle ni aun oír hablar de él, pero menos severa despues, temerosa de algun escándalo, ó de alguna calaverada de su marido, consintió en la entrevista que este solicitaba.

Quedó convenido que en un día en que vendria ella á Muhlbach con sus amigas, una persona á quien bautizariamos con el nombre de Mme. Freskon, le suplicaria que fuese á visitarla: debiendo así que recibiera el aviso, dejar por un momento su sociedad, y dirigirse á la casa de una señora respetable que vivia en el mismo pueblo, de donde le acompañaria yo al antiguo castillo de Ottemberg, lugar solitario y en el que nos aguardaria Eduardo.

Todo esto no dejaba de ofrecer algun inconveniente pero Eduardo no tuvo reparo en entrar en Muhlbach, donde era conocido, y su muger, viajando con un nombre supuesto, queria absolutamente que la entrevista quedase sepultada en el mas profundo secreto. El 8 de julio fue el dia designado para la entrevista; pero habiendo sobrevenido una fuerte tempestad, se difirió hasta el 16. Durante este intervalo vi muchas veces á Eduardo y conocí que ocultaba algun atrevido proyecto. La señora de Bergfeld vino á buscarme segun habiamos concertado y en seguida la conduje al castillo donde nos aguardaba ya su marido. Al verle aquella manifestó una viva emocion que apenas pudo reprimir y yo mismo me sentí agitado de presentimientos siniestros.

Eduardo estaba muy animado; y habia dispuesto que le siguiese un leñador con abundantes provisiones de boca. Poco tiempo despues la conversacion se fué acalorando: insistía el marido en una reconciliacion, que rehusaba la muger alegando la oposicion de sus padres, exaltándose ambos de tal modo que empezaron á dirigirse mutuamente espresiones picantes y amargas recriminaciones.

Sentía Eduardo mucho calor, que efectivamente era escesivo, y para mitigarle llenaba á cada instante su vaso de vino, que no tardaba en desocupar para llenarlo otro vez; advirtiéndome yo que se hallaba en un estado, en que nada razonable debia esperarse de él. Poco despues, insistiendo en la reconciliacion, y vista la oposicion de su muger, la llenó de improperios, atreviéndose á amenazarla. Previendo la señora de Bergfeld un funesto resultado, si se alargaba la entrevista, quiso retirarse, pero deteniéndola por un brazo su marido y tomando un cuchillo la dijo: te quieres marchar abandonándome á una existencia que me causa horror; no, antes me verás morir. E hizo como que se heria.

Eduardo, exclamé yo algo inconsideradamente, lo confieso: ¡Eduardo! ¿No os avergonzais de estar haciendo ese papel de comedia?

—De comedia! replicó con furor. ¿Pensais que no tengo bastante valor para suicidarme?

Aun no habia acabado de proferir estas palabras, cuando con un movimiento tan rápido como el pensamiento se clavó el cuchillo en el pecho rodando á mis pies cubierto de sangre, en tanto que Carlota cayó desmayada sobre el pavimento.

El leñador que se habia quedado cerca de aquel sitio corrió á levantar á Eduardo, pero ya no existia, costándonos no poco trabajo hacer volver en sí á su muger.

En tan terrible crisis mostró la señora de Bergfeld una energia digna de elogio, y no pudiendo soportar la idea de que quedase abandonado el que habia sido su esposo, declaró que no se separaria de él hasta que estuviese segura de que se le daria sepultura sagrada. El leñador nos sugirió la idea de llevar el cadáver á las gradas de la iglesia en donde deberia ser muy pronto descubierto: despues de haberle quitado algunas prendas para que se creyese que su muerte la habia causado un asesiinato, y no un suicidio, guardó Carlota el reló y un anillo de su marido, dejándole otro en la mano que no le pudimos quitar, vendándole fuertemente la herida, que derramaba mucha sangre, y separándonos en seguida. Carlota se habia hecho una herida en la mano, y el leñador se ofreció á conducirla á donde se la curasen. Desesperábase esta por haber ocasionado, aunque involuntariamente, semejante desgracia, por no someterse á la voluntad de su padre que le habia mandado, y á quien habia prometido no volver á ver Eduardo. «Al menos, decia, jamas sabrá que le he desobecido, y faltado á mi promesa. Si tal supiera me maldeciria. Cualquiera resultado que pueda tener tan horrorosa catástrofe, aunque me vea en el patibulo guardaré un profundo silencio mientras mi padre viva.» En seguida nos hizo jurar al leña-

dor y á mí, que á nadie revelaríamos la escena que habíamos presenciado.

Al momento de entrar en el camino real, reparamos que la señora de Bergfeld había perdido un guante, volví á buscarlo, pero mi diligencia fué inútil: ella entretanto prosiguió su camino con su guía sin que volviese á verla: porque juzgué prudente no presentarme por algun tiempo hácia la parte de Muhlbach de donde, segun supe despues, habíase ausentado Carlota hacia ya algunos dias. Mi regimiento recibió orden de variar de guarnicion, y tanto por esto, cuanto porque nunca me determiné á escribir á la señora de Bergfeld, nada volví á saber de este asunto. Hace poco me retiré del servicio, con intencion de pasar á los Estados-Unidos donde vive un hermano mio; pero al atravesar las provincias Rhenanas oí hablar de la causa, objeto de todas las conversaciones. Sin detenerme un momento me dirigí á casa de Schowal quien me contó todo lo ocurrido, enseñándome al mismo tiempo una carta, que había recibido la vispera, en la

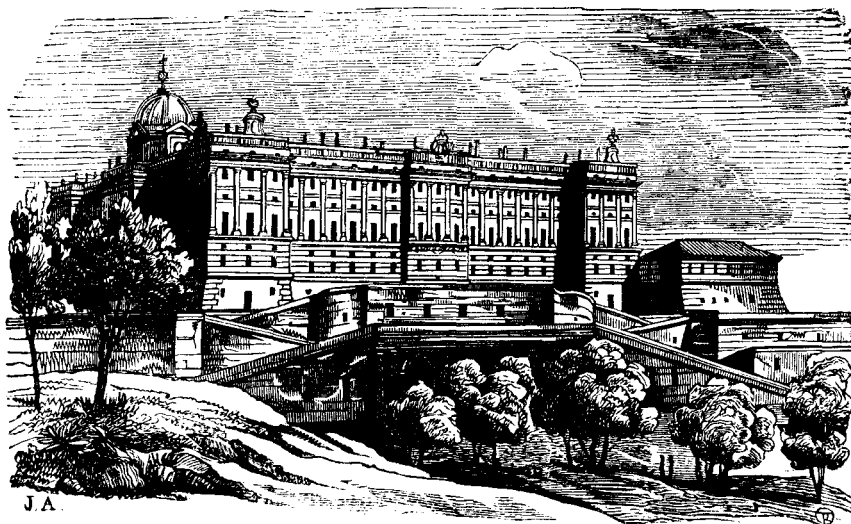
que le anunciaban la muerte del conde de Heldeuraht: no debía perder un momento: este fallecimiento nos relevaba de nuestro juramento, y debía decidir á la señora de Bergfeld á romper el silencio que se había impuesto. Por esta causa he venido aqui: ya sabeis lo demas.

En seguida manifestó el nombre y habitacion del leñador quien confirmó en todo la exactitud de los hechos que acabamos de referir.

El presidente del tribunal declaró la inocencia de Carlota de Bergfeld, y como solo estaba presa por esta causa, fué puesta en libertad inmediatamente.

Aunque comunmente el auditorio de un tribunal criminal prefiere la condenacion de los acusados, esta vez aplaudió con entusiasmo la feliz terminacion de un drama que había presenciado con el mas religioso silencio é interés. Poco tiempo despues Carlota de Bergfeld se casó con el caballero Rothkircle á quien siguió á los Estados-Unidos.

FANTASIAS LITERARIAS.



Vista del real palacio de Madrid.

EL PREMIO DE LA SANGRE.

Yo no sé decir á punto fijo qué año sucedió lo que voy á referir: solo puedo asegurar que hace ya mucho tiempo.

Cuando se viene de las provincias Vascongadas á Castilla la Vieja, el primer pueblo que se encuentra, como todo el mundo sabe, es Miranda de Ebro, y á poca distancia de este pueblo en direccion á Burgos, están los montes de Oca, ramificacion de la cadena de montañas conocidas con el nombre de sistema Ibérico que atraviesan toda España. Estas montañas largas y elevadas, for-

man espantosas quebraduras, rocas escarpadas y cavidades profundas, en que las mas miserables plantas no han carecido nunca de un rayo de sol.

Una calorosa tarde de otoño, diez ó doce hombres que en sus trages era fácil conocer como bandidos, se hallaban juntos en una cueva formada por las rocas á una profundidad de mas de cuarenta pies, y cuyo acceso impedido por las montañas que á la vista se presentan casi unidas, de tal manera es impracticable que acaso no haya sido nunca conocido mas que de Dios y de los ladrones de que acabamos de hacer mérito. Habia entre estos uno que por la rústica magestad de su persona, sobresalía de entre los demas: este hombre era en efecto su gefe Manuel Aguila, de alta talla, miembros robustos, y mirada penetrante, y cuyos cabellos negros empezaban á encanecer. Su rostro moreno, y ordinariamente alegre, dejaba descubrir sintomas de estar preocupado por alguna idea dolorosa. Su trage al estilo de la época, nada ofrecia de notable; solo se le veia sobresalir por encima del chaleco la cinta de un escapulario de la virgen del Carmen, y una cadena de alambre dorado, de la cual pendia un busto de plata de Santiago de Compostela, que hacia mas de cincuenta años, no se quitaba ni aun para dormir.

En el momento en que esta relacion comienza, Aguila estaba sentado sobre una piedra, agarrado con su mano derecha su trabuco, y sosteniendo con la izquierda, y el codo apoyado en la rodilla, su frente sombría y pensativa; de tiempo en tiempo apretaba convulsivamente su arma, levantaba la cabeza y dirigia en rededor miradas llenas de amargura: en seguida viendo aquellos hombres mudos é inmóviles con los ojos fijos en él, como si esperasen sus órdenes, apartaba la vista y volvía á caer en el mismo abatimiento. De repente, y despues de un largo silencio, interrumpido solo por el ruido de un arroyo que á manera de torrente se despeñaba entre las rocas, los bandidos vieron á su gefe levantar la cabeza, y le oyeron murmurar con voz ahogada estas palabras: «No hay remedio!» Entonces Manuel pasó su mano por la cara y dirigiéndose á sus compañeros, con tono solemne les dijo:

—«Muchachos, hace veinte y cinco años que soy vuestro gefe; reunidos hemos hecho cosas sorprendentes, milagros de audacia, y como era natural, hemos corrido riesgos eminentes; nunca hemos sabido, durante las horas de nuestra vida de bandidos, si oiríamos sonar la hora inmediata; en ningún momento, ni aun de los de mas peligro en que hemos tenido que lamentar la pérdida de algun compañero, me habeis visto este aire triste y pensativo, pero hay circunstancias, hijos míos, en que un hombre no es dueño de sí mismo: escuchadme con atención. Ayer atacamos cerca de Pancorvo los equipages del embajador francés que venia de Madrid; cuando estábamos próximos á apoderarnos de los cofres, fuimos sorprendidos por las tropas que nos persiguen y se trabó una lucha sangrienta en que os portasteis con heroico valor, quedando dueños del campo y del botín. En cuanto á mí, tuve que batirme cuerpo á cuerpo con el comandante de la partida, y poco me faltó para sucumbir.... Si José no viene á mi auxilio, probablemente hubiese quedado en el campo.

«Esta mañana hemos detenido al prior de capuchinos en su magnífica mula de paso, y no queriendo privar de la vida á este buen religioso me lo he llevado á alguna distancia del camino, en tanto que vosotros le desembarazabais del peso de los duros que traía en la maleta: pues bien, ¿lo creereis hijos míos?... en el corto tiempo que tardasteis en ejecutar la operación, el prior me ha convertido. Esto os admira ¿no es verdad? Manuel Aguila aterrado por un fraile...! Esto es incomprensible; lo conozco y me avergüenzo de confesarlo; pero es la pura verdad; haced de mí lo que queráis, despreciadme,

arrojadme de vuestra presencia; soy un cobarde; no merezco vivir en vuestra compañía...»

En este momento todos le dirigieron la mano; Manuel se levantó, apretó confusamente aquellas manos fraternales con las lágrimas en los ojos y recobrando de nuevo su asiento, despues de algunos minutos de pausa, tomó de nuevo la palabra y su voz aun mas lúgubre y melancólica continuó en estos términos:

—La esplicacion de todo esto se encuentra en mi edad de sesenta años, pues si bien es cierto que el valor y la voluntad se conservan en mí en todo su vigor, no es menos que mis fuerzas se disminuyen, que pierdo la agilidad de los miembros, mi pelo emblanquece, mis rodillas tiemblan y muy pronto la voluntad y el valor huirán así como ha huido la fuerza. Tengo como he dicho, sesenta años, y ved ahí porque ayer me aterrorizó un fraile. Bastante he hecho ya para adquirir celebridad, mi cabeza ha sido pregonada y puesta á precio; al que me conduzca á Madrid muerto ó vivo le darán diez mil ducados. Yo no estoy para defenderme: un día que seamos atacados por las tropas de S.M. no podré resistir al número y caeré en las garras de la justicia como un ladrón vulgar. Entonces me atarán las manos, me harán atravesar lleno de oprobio todas esas campiñas de que hasta aquí he sido dueño y concluirán por ahorcarme en la corte, ofreciéndome en espectáculo á la multitud ociosa. Manuel Aguila no debe morir así, bien os habeis cargo, compañeros. No os admire, pues, el haberme visto triste y cabizbajo todo el día, ni me hagais ninguna reconvenccion, que harto sufro yo ya sin oirlas.»

Aun hubo un momento de silencio, que al fin rompió el mas viejo de los bandidos.

—Manuel, le dijo, ¿por qué ese abatimiento? ¿No estás dotado de una fuerza sobre humana, superior ella sola á todas las nuestras reunidas? ¿No nos has dicho cien veces, y nosotros hemos creído y creemos aun, que mientras lleves pendiente del cuello á Santiago, estarás dotado de un poder divino, y que en tanto que conserves sobre el pecho el escapulario de la madre de Cristo no podrá penetrarte ninguna bala? Cuantos combates no han probado que esto es cierto, Manuel? Por que has de ser tu hoy el primero que desconfies de tí mismo?

—Yo os he engañado, compañeros; este busto de Santiago me lo dió mi padre agonizando cuando apenas tenía diez años; la virgen es un regalo de mi pobre Juanita, y estas preciosas reliquias las he conservado con tanto afán porque me hablan de lo único que he amado en el mundo. El poder que me atribuis esta únicamente en mi voluntad y lo perdere sin duda alguna. La proteccion celeste que imaginábais me hacia invencible, es mi brazo y ya la he perdido. Es preciso tomar un partido; permaneciendo á vuestra cabeza el día menos pensado caería en manos de los alguaciles y acaso os perdería á todos; separándome de vosotros evito un deshonor cierto, y os devuelvo vuestros juramentos y vuestra libertad.

—Y piensas dejarnos, Manuel: ¿que vá á ser de nosotros sinti?

—¿Queréis verme ahorcar?

—Capitan, dijo uno de los jóvenes, ¿por qué no permanece vd. en este retiro inaccesible, donde no puede correr ningún peligro? De este modo vd. no nos abandona; cada noche le damos cuenta de nuestras operaciones del día, y nos ayuda con sus consejos....

—Sí, y permaneceré aquí oyendo el ruido de las balas, sin que salga una de mi trabuco. ¡Jóven insensato! Imaginas que el águila puede vivir en un rincón lejos del sol? Nada, señores, mi partido está tomado, y ya dije que conservo firme la voluntad. Una noche mas en estas montañas, y al amanecer de mañana con cualquiera disfraz y provisto de la parte que me corresponde en el botín, tomaré el camino de Valencia, mi querido y

hermoso país; allí hay alguien que me aguarda; compraré una cabaña, labraré la tierra y moriré tranquilo bajo su apacible cielo.

El tono de Aguila al pronunciar estas palabras, no dejaba duda de que su decision pudiese cambiar. Por tanto los bandidos no añadieron ni una sola palabra. Habia uno entre ellos que en ciertos momentos parecia escuchar al capitán con extraordinaria atencion y que despues de sus últimas palabras quedó muy pensativo: era este un jóven de gallarda figura y como de edad de 50 años; Manuel lo sacó de su distraccion dirigiéndole estas palabras:

—Mañana, José, antes de partir, tengo que hablarte.

—Capitan, ya sabe vd. que siempre me tiene á su disposicion.

El reló de un convento de las cercanias acababa de dar las doce de la noche: los bandidos dormian profundamente, y el mismo Aguila fatigado con las últimas emociones, se habia recostado por última vez sobre una cama de hojas secas, y gozaba de las delicias del sueño. Solo uno entre todos velaba; José, el jóven que hemos dicho debia tener con Manuel una conferencia; sentado en una piedra con la cabeza entre las manos, estaba entregado á las mas siniestras ideas. Satanás invisible, sentado en el suelo y casi entre sus rodillas, velaba con él, tenia los ojos fijos en los del bandido, y cuando los veia brillar con el reflejo de algun buen pensamiento que iluminaba su alma, los fascinaba y hacia pasar por delante de ellos mil tentaciones del infierno.

Invisible tambien el ángel de la guarda de José, estaba detras de su cabeza y parecia quererle cubrir con sus alas. Los espíritus puros á quienes Dios concede la doble vista, hubieran podido ver las lágrimas en los ojos del guardian celeste y la pena marcada sobre su frente; él era quien derramaba en el alma del jóven pensamientos dulces como las plegarias y palabras puras como las lágrimas. Combatiendo con todas sus fuerzas, empleando á su vez el uno, el atractivo divino de las virtudes, el otro el prestigio seductor de los vicios, Ariel y Satanás querian penetrar hasta el fondo del corazón del jóven bandido para apoderarse de esa gran fuerza que Dios habia dado al hombre, llamada voluntad.

José así colocado entre el ángel y el demonio, el bien y el mal, el cielo y el infierno, sentia su voluntad fluctuar indecisa, porque jamás supo dirigirla ni dominarla.

Satanás decia al jóven:—La cabeza de Manuel Aguila vale diez mil ducados!... Magnífica suma, ¿no te suena esta cifra en el corazón? Si tienes esta fortuna en tus manos, José, pedrás ir á Francia, ese país que tanto has deseado ver. Allí nada de justicia que te mortifique por tu vida anterior, nada de inquisicion; nada de compañeros celosos; por el contrario te hallarás en una tierra llena de placeres, de torneos, de fiestas reales y de amores. Serás allí un gran señor, jóven, buen mozo y rico, cada día de tu vida será un placer, y cada noche una dicha.

Ariel decia:

—Amigo, tú estabas desnudo, muerto de hambre y solo en el mundo, cuando Manuel te recogió en Cataluña una tenebrosa noche de invierno; desde entonces te ha querido como á un hijo, y tú le has prometido cien veces amarlo como á un padre.

José se levantó; el ángel quiso cogerlo de la mano, mostrándole con el dedo la cama donde le esperaba un sueño reparador y lleno de dulces ilusiones, dió algunos pasos para echarse en ella, pero el demonio le detuvo de la otra mano y arrastrándolo violentamente le obligó á volverse á sentar; despues le dijo con voz penetrante.

—Escucha; permaneciendo entre estos bandidos, ¿qué esperas? Privado de Aguila, de su audacia, de su fuerza, de su habilidad: tu partida será muy pronto derrotada, puesta en prision y cada uno de vosotros conducido á la horca.

El ángel añadió aun:

—Hasta ahora, José, en los diversos combates en que has tomado parte no has hecho mas que defenderte; tú eres el único entre tus compañeros que no ha manchado las manos con la sangre del asesinato. Si cometes el que meditas no tendrás un instante de calma: tú no sabes, amigo mio, lo que es vivir despues de haber cometido un delito; es un infierno en esta vida esperando despues el de la eternidad. Tu crimen quedará impune por las leyes por que está autorizado; pero el hombre tiene en sí mismo un tribunal y un juez mas implacable que todos los jueces del mundo: este tribunal es el alma; este juez es la conciencia: reflexiona bien lo que vas á hacer.

El demonio prosiguió:

—En lugar de un porvenir triste y sin esperanza, te se ofrecen infinitad de goces con la posesion de los diez mil ducados.

—José ¡piensa en Dios!

—José ¡piensa en el placer!

—Manuel te ha salvado la vida; dentro de poco aparecerá el día y va á hablarte, á llamarte su José con aquella voz afectuosa que no usa sino contigo...

—Decidete, jóven, el tiempo pasa demasiado pronto para no volver. Dentro de algunos instantes el bandido se vá á despertar y perdiste la ocasion. Decidete, corta esa preciosa cabeza con tu puñal y arroja el cuerpo en el precipicio; un momento de ánimo y tu fortuna es hecha.

—¿Amigo no oyes el estampido del trueno que produce la tempestad? Dios te hace conocer su poder y su cólera por este medio.

Una nube espantosa se hallaba sobre la cabeza de José; el ruido del rayo se repetia de eco en eco por las montañas; la lluvia caia á torrentes; el viento silbando en los árboles que arrancaba de raíz, parecian derribar los picos de las rocas de donde se desprendia de vez en cuando enormes piedras con aterrador estruendo, y la lluvia, el rayo y el viento reunidos formaban un conjunto cuya horrible violencia espantaba. A cada instante largos relámpagos rasgaban las nubes y dejaban ver una luz rojiza é interminable; los elementos amenazaban confundirse, y no parecia sino que el mundo tocaba á su término; tal era el trastorno de la naturaleza. Habitados á estas tempestades, los bandidos dormian tranquilos; José permanecia inmóvil y á su lado Ariel llorando y Satanás riendo.

Hay muchos hombres que han cometido crímenes y han querido disculparlos para con ellos mismos, diciendo que estaban predestinados. José se levantó y exclamó de repente:

—Es la fatalidad quien me impulsa; ¡marchemos!

Y dirigiéndose donde estaba su jefe, el ángel bueno y el malo se lanzaron á él, el uno le detenia y el otro le impulsaba; pero su voluntad habia hablado y se hallaba delante de la cama de Manuel.

A la opaca luz de una lámpara colgada en la bóveda, José contempló un instante al hombre por quien aquella misma mañana habia espuesto su vida, pero el crimen estaba cometido en su imaginacion y nada podia ya impedirlo; si ahora miraba á Manuel no era mas que para elegir bien el sitio en que habia de herirlo.

Su mano temblaba sin embargo; Satanás la condujo y se levantó y volvió á caer. Entonces un espantoso trueno se dejó oír, las nubes abrieron paso á un resplandor inmenso; el ángel exaló un grito de dolor y se alejó; José, cayó sin sentido al suelo y Satanás dió una carcajada que resonó hasta en la profundidad de los infiernos.

Cuando el asesino volvió en sí, la tempestad habia cesado y todo estaba tranquilo. Al traves de las aberturas de las rocas percibió la incierta luz del crepúsculo; su mirada se dirigió hacia su victima; Satanás le mostró con

el dedo un saco de cuero que había en el suelo; José lo cogió y metió en él la cabeza de Aguila; en seguida con una fuerza sobrenatural arrastró el cuerpo hasta el precipicio y lo arrojó con violencia. Tomando sin detenerse sus armas y algunas monedas, con el saco de cuero en la mano atravesó el sendero que daba salida á la concavidad en que estaba la gruta, y pocos momentos después se hallaba en el camino de Burgos.

Satanás le había seguido.

Pasados los montes de Oca en un pequeño valle antes de llegar á Briviesca, se encuentran dos lagunas como de cincuenta pasos de circunferencia cada una, llamadas el pozo blanco y el pozo negro. Saliendo de Briviesca se presenta á la vista una hermosa llanura y algunas leguas después está el pueblo de Monasterio.

En sus diferentes escursiones por los campos, José nunca había pasado de este pueblo en direccion á Madrid. Como era aun muy temprano y no encontraba á nadie, el asesino que se había apresurado á alejarse de las montañas, fué sorprendido desagradablemente cuando dejando á la espalda á Monasterio se encontró con tres caminos sin saber cual era el que conducía á la corte. Sentado sobre una piedra esperó mas de una hora sin que pasase un paisano á quien poder preguntar; viendo elevarse el sol, blasfemando de impaciencia tomó el saco de cuero, decidido á seguir cualquiera de las rutas, cuando al levantarse oyó una voz que le dijo:

—Toma el camino de enmedio.

José se estremeció; un sudor frio corrió por todo su cuerpo: sus cabellos se erizaron, sus dientes chocaron con violencia; acababa de reconocer la voz de Aguila. Por un movimiento natural volvió la vista al rededor, pero nadie había mas que Satanás riendo, aunque invisible á los ojos del asesino.

—Yo estoy loco á lo que veo, dijo para sí; mis oídos me han engañado.

En el mismo instante la voz se dejó oír, y José la escuchó á su pesar inmóvil de espanto.

—Toma el camino de enmedio, repito; pronto te hallarás en Burgos; no te detengas nada; sigue á pernoctar en Villadiego donde hay una buena posada; desde allí aun te faltan cerca de cuarenta leguas para llegar á Madrid; pero marcha de prisa, ten ánimo, que diez mil ducados te esperan al término del viage.

José estaba atacado de un temblor convulsivo; quiso lanzar lejos de sí la cabeza á quien la justicia de Dios prestaba una voz aterradora; pero sus nervios estaban de tal manera contraidos que no pudo lograr abrir la mano con que tenía agarrado el saco de cuero: imposible le era dar un paso, pero Satanás le prestó vigor, y el asesino una vez recibido el impulso marchó con resolución hacia Madrid. La voz continuó aun:

—Marcha, marcha; piensa en los ducados; mañana atravesarás sin detenerte Torrequemada, Dueñas, Calvezon é irás á dormir á Valladolid (1) magnífica ciudad y antigua corte de los reyes de España; no te detengas sin embargo; pasado mañana llegarás á Olmedo y al otro día al puerto de Guadarrama en cuya cumbre se dividen ambas Castillas; puedes avanzar hasta hacer noche en la venta de la Trinidad de donde solo te faltan cinco leguas y media para llegar á Madrid; en estando en esta villa presentate al corregidor que al momento te entregará los diez mil ducados.

Y marchando sin descanso, impulsado por el demonio cuando le faltaban fuerzas, José destrozado de

remordimientos y sin saber lo que le pasaba llegó á Madrid. Cuando estuvo delante del corregidor, la evidencia de recibir el premio de su accion y de desembarazarse de la cabeza del bandido, atentó algun tanto sus fuerzas, y cuando abrió el saco del cuero, pudo con bastante serenidad sacar por los cabellos la cabeza de Manuel y presentarla al magistrado para que comparase sus facciones con las señas que tenía del bandolero.

Hecha la comprobacion se entregaron á José los diez mil ducados, y este quiso dejar su terrible fardo sobre una mesa del gabinete del corregidor; pero en el mismo instante la cabeza que desde Monasterio había permanecido muda, dijo:

—Oh! no, José; tú no puedes dejarme aquí; no debemos separarnos tan pronto porque tengo aun muchas cosas que decirte,

El corregidor que había visto moverse los labios de Manuel, no pudo dudar que fuese la cabeza la que había pronunciado estas palabras y lleno de asombro exclamó: —Joven, tomad esa cabeza y alejaos pronto de mi presencia, pues de lo contrario os hago conducir á la inquisicion.

José salió rápidamente y lleno de angustia fué á hospedarse en una posada de la calle de Alcalá; solo en su cuarto convino en que era necesario concluir cuanto antes la penosa vida que llevaba hacia algunos dias, y reuniendo sus fuerzas dijo, dirigiéndose á la cabeza:

—Manuel Aguila, supuesto que el eco de tu voz parece haber permanecido en su cabeza para vengarse de mi crimen; respóndeme; ¿hasta cuando me perseguirás? ¿qué quieres hacer de mí?

La cabeza respondió:

—La otra tarde, José, cuando me despedí de mis compañeros, dije, bien te acordarás, que quería concluir mis dias en Valencia, mi pais, porque hay alguno en él que me espera; á Valencia quiero que me lleves; tú no podrás deshacerte de mí, y en vano lo has intentado en Monasterio; José, entre los dos hay un lazo misterioso y fatal que no puede romper ningun poder humano. Resuélvete, pues, á llevarme muerto donde vivo queria ir.

Cuatro dias después José atravesaba el Júcar, camino de Valencia, siempre cargado con su fardo; estaba flaco y envejecido; su brazo derecho sobre todo que sostenia la cabeza de Manuel se había quedado completamente descarnado; su figura y sus vestidos llenos de polvo, ofrecian un aspecto tan asqueroso que cuantos lo miraban se alejaban de él haciendo la señal de la cruz; José, joven arrogante y alegre algunos dias antes, se había convertido en un viejo hediondo; cada dia de remordimientos vale un año de existencia, una arruga á la frente y una tortura al corazón.

—Animo, José, le dijo la vengativa cabeza, que ya vamos llegando; esta noche estaremos en Liria; las últimas leguas parecen siempre mas largas ¿no es verdad? ¿quieres que para entretenerte te cuente una historia?

El asesino no tuvo valor para responder.

—Antes que haya concluido habremos llegado al término de nuestro viage.

Hace treinta años que yo tenía tu edad: como tú tenía una imaginacion ardiente, una arrogante figura y atrevidos pensamientos; como tú gustaba de que los ojos de las muchachas me mirasen con ternura; entonces no era yo bandido, vivia libre, alegre y feliz cultivando la tierra en esa rica huerta de Valencia; por el dia trabajaba y por la noche dormia tranquilo sin que la menor sombra de inquietud turbase mi sueño: los domingos, después de misa, los pasaba bailando y diciendo amores á las jóvenes de mi edad, y muchas veces pensé que seria difícil existiese en el mundo un hombre mas feliz que Manuel Aguila. Un dia sucedió que ví por primera vez en el baile á una muchacha llamada Juanita, de negros

(1) Sin duda en la época á que se refiere nuestra historia no estaba aun abierto el camino que conduce á Burgos por Buitrago y Aranda, pues de contrario es probable que siendo mas corto, la cabeza de Aguila, que tan entendido se muestra en esto de caminos y posadas, no hubiese dejado de indicárselo á José.

ojos, llenos de dulzura y de gracia; al siguiente domingo solo bailé con ella, y dos meses después el cura había bendecido nuestro amor. Nada faltó á mi dicha; Juanita me dió un hijo en quien coloqué todas mis esperanzas de felicidad. Algunos años después me vi precisado á ir á Madrid para arreglar varios negocios; parti, pues, recomendando mi hijo á su madre, y su madre á Dios. Antes que yo me casara con Juanita, la había solicitado un rico hortelano llamado Ricardo, el cual viéndome preferido había jurado vengarse y en efecto se vengó: durante mi ausencia hizo asesinar á Juanita, y el mismo día que llegué á Liria hallé al entrar el entierro de la desventurada víctima; en cuanto á mi hijo había desaparecido con Ricardo. La venganza que por mi parte tomé fué terrible, pero no te la refiero porque pienso que ya hemos llegado.

Era de noche; José se había parado al concluir la boca de Manuel las últimas palabras, y se halló en medio de un frondoso bosque de olivos, naranjos y limoneros, al extremo del cual se distinguía una pequeña eminencia, y en su cumbre una cruz negra de madera hecha pedazos; la luna que penetraba al través de los árboles, esclarecía con su luz melancólica y solenne este lugar triste y sombrío.

—José, dijo la inexorable voz, sácame de este saco, y el asesino obedeció.

—Esta tumba, continuó la cabeza, es la de mi Juanita, al lado de ella quiero reposar; tu has cumplido mi voluntad, pero aun te falta algo que hacer, es necesario que cables la tierra y me sepultes en ella; en cambio de la vida de que me has privado, préstame los servicios de la muerte. Al fin, Juanita mía, vamos á reunirnos, vamos á dormir juntos el mismo sueño para no despertar sino el día del juicio! Vamos, José, el último esfuerzo, colócame en ese hoyo que acabas de abrir... Bien, gracias... Ahora bájate porque la voz se me estingue.... Noches pasadas en la montaña te dije que tenía que hablarte y quiero que sepas ahora lo que iba á decirte entonces; bájate mas aun.... bien.... escucha.

Yo te recogí en Cataluña de las manos de Ricardo... tú eres mi hijo!; Parricida! Maldito de Dios y de tu padre seas!.....

José cayó al suelo y la voz se estinguió. Satanás que no había abandonado su presa, se apoderó de una luz roja que en el mismo momento arrojó el corazón del bandido, y se sumergió con ella en la tierra.

Era el alma del asesino que había disputado al ángel Ariel.



GLORIAS DE ESPAÑA. (1)

DESCUBRIMIENTO DEL MAR DEL SUR.

I.

Cuando la España llegó á ser la potencia mas floreciente y poderosa del antiguo mundo, la fué preciso descubrir otro nuevo, en el que estendiese su dominio y la fama de sus glorias. Los dos magnánimos pueblos de la península, animados entonces del mismo entusiasmo, cruzaban los mares, atravesaban regiones desco-

nocidas é intentaban penetrar hasta en la última morada del hombre. Mientras que los portugueses, siguiendo á Vasco de Gama, doblaban el cabo de las Tormentas, exploraban los mares de la Persia y de la China y extendían los límites del mundo conocido, los españoles, siguiendo el camino trazado por Colón y Cortés, avanzaban denodados por un mundo desconocido para registrar sus abismos mas recónditos. El valor de los españoles no podía estar ocioso: amañados largos años en una lucha á muerte contra el poder mahometano, se hallaban dispuestos á acometer las mayores empresas y á volar presurosos donde pudiesen dar heroicas pruebas de su audacia y su constancia. El espíritu conquistador había cambiado entonces de forma y no habiendo ya en España moros que vencer, iban á buscar nuevos enemigos sobre el continente americano que ofrecía vasto campo á sus descubrimientos y grandioso teatro á sus victorias.

A esta porción aguerrida de aventureros españoles, pertenecen los que en el año de 1515, cruzaban los campos del Darien: unos pocos hombres animosos, que sa-

(1) Bajo este epígrafe nos proponemos insertar minuciosamente algunos artículos histórico-novelescos, cuyo objeto será reproducir los rasgos heroicos, hazañas notables y empresas caballerescas, en que tanto abunda nuestra historia, sin alterar la verdad en el fondo de los sucesos, y usando solo de la libertad de novelistas en la expresión, en los incidentes episódicos y en los diálogos introducidos para animar la escena.

bían aguantar la fatiga y despreciar los peligros, sin mas designio que el de hallar comarcas nuevas, ricas y afortunadas donde desplegar su valor. Tal confianza en él tenían, que ansiosos de ser siempre los primeros, avanzaban seguros de que su nombre y sus armas les habian de asegurar el dominio en todas partes. Ni les acobarda el frio, ni les detiene el ardiente calor, ni les ahoga el polvo fino y sofocante que sus pies levantan en el desierto. No saben si perecerán de sed y cansancio en la llanura ó si quedarán enterrados en algun remolino de arena levantado por el huracan; pero saben y de seguro, que de un momento á otro pueden verse rodeados por enemigos, incomparablemente superiores en número, habituados al clima del país, dotados de fuerza extraordinaria y estatura colosal. Avanzan sin embargo, y cansados ya de mirar arena y no encontrar alma viviente, solo ansian hallar hombres, sean de la especie que quieran, que si vienen como enemigos poco les importa su número y su fuerza.

Una tribu indígena y guerrera viene al fin á satisfacer los deseos de los españoles, saliéndoles al encuentro y haciendo alarde de su poderío, intenta estorbarles el paso. Los indios, inmemoriales poseedores de aquel territorio, miraban con asombro la invasion de aquellos advenedizos, ó ignorantes aun del efecto formidable de sus armas, salen á desfiarlos con sus arcos y flechas. Los españoles, antes de acometer, querian probar medios de conciliación y los que habia mas hábiles en el modo de entenderse con los indios, pasaron entre ellos á ofrecerles paz y protección: les esplicaron el objeto de su marcha y aun insinuaron la idea de un Dios verdadero entre aquellas gentes idolátras. Solo sirvió este anuncio para enfurecerlos, en particular á los que hacian de sacerdotes y magos.

«Si vosotros, decian, teneis un solo Dios, nosotros tenemos muchos, y ni de él ni de vosotros necesitamos para proteger nuestro territorio:» despedidos los mensajeros era forzoso acometer á los indios, que se habian resguardado en los sitios mas ventajosos y tenían ademas distribuido su ejército por toda la campiña. Alentados con las predicciones lisongeras de sus magos, que en nombre de los dioses les prometian la victoria, salian confiadamente de las filas, desafiaban á los españoles, los insultaban, y blandiendo sus hachas de piedra, sus enormes clavos, incrustadas de puntas de pederual y de obsidiana los llamaban al combate. Mas, cuando la primera descarga de arcabuceria tendió sin vida á los mas osados, cuando sintieron los crudos golpes de las espadas castellanas y vieron que aquellos pocos hombres revolvian con denuedo y abrian ancho camino por entre su apiñada multitud, un pánico terror se apoderó de todos ellos. Llenos de espanto y consternacion, huían cual fugitivo rebaño, dando horribles alaridos y diciendo que sus dioses los habian desamparado. Otros, implorando la clemencia de los enemigos, se contemplaron dichosos en reunirse al ejército vencedor.

Ningun obstáculo se presentaba ya á la expedición de los españoles; pero antes de continuarla y llevar á cabo su empresa, determinaron elegir un jefe superior cual ella requiera, y la eleccion recayó en VASCO NUÑEZ DE BALBOA. Era este un hombre robusto y marcial de treinta y ocho años de edad, que habia pasado á América á consecuencia de su borrascosa juventud en la península, y que se habia distinguido por su valor en todos los encuentros con los indios. Viéndose aclamado por sus compañeros, y sintiéndose capaz del grado á que le destinaban, aceptó con entusiasmo, ordenó su pequeño escuadron, en que se contaban ciento noventa soldados útiles, y en 1.º de setiembre de 1515 partió á seguir sus conquistas, diciendo á los soldados: «Yo os mostraré esa comarca rica y afortunada que buscáis. Compañeros, imitad mi

ejemplo, seguidme y fijaremos el pendon de Castilla en el confin mas remoto del suelo americano.

II.

Veinte y cinco dias llevaban los españoles de una marcha penosa por páramos inhabitados, donde ni un pajarito cruzando los aires, ni un cuadrúpedo pisando la tierra, venían á interrumpir el silencio y la monotonía de aquella naturaleza muerta. No es dable referir cuanto sufrieron por la intemperie de las estaciones, por el hambre, la sed y la fatiga. Al despuntar la aurora, el frio los penetraba; pero luego subía el sol en el cielo hasta ponerse casi perpendicular sobre sus cabezas, y entonces la inmensidad del desierto se convertía en un mar de fuego, la reverberación de la arena á los rayos del sol, deslumbraba su vista, el calor y el polvo ardiente secaban su garganta provocando una sed continua. Algunos soldados perecieron en la llanura antes de encontrar señales de agua y vegetación en que pudiesen refrigerarse; pero los mas al cabo de tantas fatigas, llegaron á los primeros ramales de la cordillera de altas montañas, cuyas cimas habian descubierto desde muy lejos cerrándoles el paso al occidente. Allí el viento aliviaba con su frescura, y no faltaba agua ni vejetación; pero en cambio, el suelo empezaba á ser negro y pedregoso, y tenían delante de sí aquella barrera formada de peñascos inaccesibles y rocas formidables que era preciso escalar. Tantos obstáculos y tan repetidas privaciones, habian no solo debilitado las fuerzas de los guerreros, sino hasta disminuido su entusiasmo. El desaliento empezaba á cundir en la expedición, y Balboa mismo procuraba acallar dentro de sí el disgusto y el temor á vista de tantos peligros, y la incertidumbre de un próspero resultado. Sin embargo, él era quien mas animaba á soportar las fatigas, el primero en todas ellas y el último en disfrutar el descanso que la suerte proporcionase. Llegaba la noche y cuando los soldados rendidos se entregaban al reposo, olvidando sus cuitas en el sueño, él solo velaba sin despojarse de su ropa y sus armas. La misma noche que durmieron en la montaña, cuando ya todos se habian acomodado sobre el áspero terreno, Balboa aun permanecía sentado en la roca y tan inmóvil como el peñasco en que apoyaba su brazo. Contemplaba desde allí todos los hombres que tenía á su cargo, se ocupaba de su suerte, y de la suya propia, y una singular tristeza se apoderaba involuntariamente de su ánimo. Rendido al fin del cansancio reclinó la cabeza sobre el brazo, y apenas cerró los ojos, y el sueño empezó á dominarle, cuando sintió estremecerse los hondos cimientos de las montañas. Apareciósele despues entre una refulgente aureola de luz la imagen del valeroso Hernán Cortés. Venía el héroe armado de pies á cabeza; pero la visera del casco levantada permitía contemplar su semblante agradable y magestuoso. A su lado pendía la espada vencedora en Tabasco y en Tlascalá, á sus espaldas se elevaba un ancho trofeo de diferentes armas mejicanas, y bajo su pie derecho se veía arrollado el estandarte cogido en la batalla de Otumba. Balboa sobrecogido, contemplaba al célebre guerrero con religioso temor cuando este le habló así.

—No desmayes, intrépido Balboa, cuando ya estás próximo á ver realizados tus designios. Sirvante de estímulo las dificultades porque el éxito glorioso va á coronar tus nobles afanes. Mañana te se ofrecerá el admirable espectáculo que ningún europeo ha disfrutado todavía. El cielo ha reservado á los españoles la gloria de introducir la civilización y la cultura entre estas naciones bárbaras, de aniquillar esos altares inundados en sangre humana, disipando las tinieblas de la idolatría con la clara luz de la verdadera religión. Algún dia recompensará el nuevo mundo con la mas odiosa ingratitud, esta regeneración social que debe á nuestra patria, y los envidiosos

enemigos del nombre español, marcharán con negros colores y atroces calumnias, la fama de nuestras conquistas; pero nosotros llevaremos á dichoso término nuestra misión decretada por el Eterno.

Desvaneciase la magestuosa sombra, y Balboa queriendo contestar, hace un esfuerzo que le despierta des-pavorido. Se levanta, dirige sus miradas al rededor: todo estaba en silencio; pero á él le parecía tener aun delante la misteriosa aparición. El corazón le palpitaba con

violencia, un nuevo vigor le anima y siente correr por sus venas el fuego del entusiasmo. Todavía brillaban las estrellas en el cielo, y no se presentaba en el horizonte la banda de púrpura precursora del día; pero él necesitaba comunicar á los demas el ardor y las sensaciones que le agitan. El clarín de guerra resuena repetido por los ecos de la montaña y da la señal de partida. Los soldados, siempre sumisos á la voluntad de su gefe, obedecen á esta señal y se ponen en marcha á pocos instantes.



III.

Mudos é inmóviles de asombro y admiración quedaron Balboa y sus compañeros, cuando al poner el pie sobre la cumbre de las altas montañas de Panamá, descubrieron un segundo Océano que cubría la mitad de la tierra.

—¡El mar!... ¡el mar!!!

Esta exclamación fué general, despues hubo momentos solemnes de silencio, durante los cuales permanecieron absortos los españoles, contemplando desde aquella altura y tan lejos como su vista podía alcanzar, la inmensidad de agua del *mar del Sur*, limitado por la bóveda del cielo, que allá á lo lejos aparentaba bajar á encontrarse con las aguas. Era aquel un delicioso espectáculo: la mañana estaba en calma, el cielo despejado y nada interrumpía el silencio de la naturaleza. El sol, elevándose por el oriente producía un magnífico reflejo de luz en la azulada superficie, y las olas, rizadas por la brisa, venían suavemente avanzando unas tras de otras hasta fenecer en la base del gigantesco pedestal que sostenía á los españoles.

El primer movimiento de Balboa, fué hincar una rodilla en tierra para dar gracias al Omnipotente, cuyo acto religioso fué imitado por todos los soldados de la expedición y hasta por los indios agregados á ella, que infirieron cuan poderoso debería ser aquel Dios desconocido, al ver que unos hombres tan formidables se humillaban en su presencia. Todas las penas de los españoles habían desaparecido á vista de aquel cuadro admirable: las fatigas del viage, las privaciones, las borrascas sufridas, ya se habían olvidado y la alegría reinaba en todos los corazones. Eran felices, porque habían llegado á un término digno de sus afanes, porque habían dado pruebas

de valor y constancia. ¡Feliz día aquel, en que así lograbán aumentar la nombradía de los magnánimos hijos de la España!

Impaciente Balboa por tomar, según la usanza de la época, posesión de aquel ignorado mar y tremolar la enseña de su rey en el seno de las aguas, emprendió la bajada siguiendo los declives de la montaña. Esta marcha que de suyo era menos fatigosa, se hacia aun mas llevadera con el júbilo de los soldados. Conforme iban descendiendo, tambien el mar iba desapareciendo por grados hasta que le perdieron totalmente de vista, precisados á dar vueltas por entre las quiebras de la montaña para hallar senderos menos fatigosos. A poco camino empezaron á sentir el aire fresco del mar, á escuchar el sordo y prolongado murmullo de sus olas y á ver las matas de juncos y las conchas esparcidas por la arena. Al llegar á la playa, Vasco Nuñez de Balboa en presencia de españoles y de indios entró en el agua hasta la cintura, armado conforme se encontraba, y sacando la espada dijo en voz alta estas palabras:

—Tomo posesión de este nuevo mar, en nombre de la corona de Castilla. Compañeros, nuestros brazos y espadas sabrán conservarla su dominio.

A estas palabras responden los entusiastas vivos de los circunstantes: aclamaciones que repetidas por los ecos, iban con las ondas removidas por Balboa á perderse en las apartadas costas de la India y de la China, donde los portugueses con sus descubrimientos ayudaban tambien á cambiar la faz del universo. Los cantos de alegría y los cantos de triunfo de los dos belicosos pueblos de la península se correspondían entonces de orilla á orilla cruzando en alas del viento el mar desconocido.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS MORALES.

LOS DOS HUÉRFANOS.

I.

En Breughel, pueblo situado en las cercanías de la ciudad de Breda, vivía un pobre niño campesino, sin padre, ni madre y que se mantenía á espensas de la caridad pública: pero esta caridad era tosca, grosera y desprovista de amor: casi siempre, cuando daban un pedazo de pan á Pedro, que este era su nombre, le echaban en cara el que no supiera ganárselo. Débil, raquítico, continuamente enfermo, bien necesitaba el pobre niño de las caricias y tiernos cuidados de una madre que lo meciera sobre sus rodillas, que lo calentase con sus besos, que lo durmiera cantándole, que por las noches lo arropara con una buena manta y abrigase sus piecitos fríos con una mullida almohada de plumas. Pero ¡ay! lejos de eso, considerábase el pobrecillo muy dichoso cuando por piedad y á fuerza de importunas súplicas le dejaban pasar la noche sobre la paja de una troj; cuando el mozo del cortijo le permitía partir con el perro los huesos y relieves de su cena. Mas de una vez quiso hacer Pedro lo que los demás campesinos de su edad y ganarse la vida con su trabajo. Encorbado sobre las mieses de trigo quería escardar, es decir, arrancar las yerbas malas; pero pronto, después de esta tentativa, el sudor bañaba su rostro, agudos dolores retorcían su delicado cuerpo y caía desmayado. Entonces las gentes se reían de él, mofábanse de su debilidad, llamábanle por burla el *señorito*, y él se levantaba sufriendo física y moralmente, abrumado de vergüenza y lleno de desesperación.

Sin embargo le era preciso vivir; necesitaba en defecto de los campesinos, captarse la benevolencia de sus mugeres que son siempre mas caritativas. Para lograr este objeto ideó grabar groseramente en la corteza de los árboles imágenes de vírgenes y santos. En la aldea de Breughel fueron muy alabadas estas cinceladuras del niño y le valieron pan suficiente para no sufrir los tormentos del hambre, y bastantes escalines (1) para comprar papel, pinceles y colores. El cura de Breughel se encargó de comprar él mismo estos útiles en Breda. Luego que Pedro estuvo en posesión de todos estos tesoros, puso á pintar desde la mañana á la noche y estableció su obrador en un rincón de la cocina del cura, que unió á todas sus liberalidades el préstamo de una mesita y de un taburete. Las pinturas de aguada de Pedro gozaron pronto de una grande reputación, no solo en Breughel, sino en todos los pueblos de la comarca; el joven artista compró con el producto de su trabajo buena ropa de abrigo, alquiló un chiribitil en el pueblo, compró una cama y tomó para su servicio á una anciana mendiga que por su avanzada edad no podía ganarse su sustento trabajando.

Un vecino de Breda vió una de las imágenes de Pedro, admiróse de que un niño pudiera hacer dibujos tan lindos sin maestro, sin modelo, sin otras ideas de pintura que las que había tomado de una biblia de vitela, toscamente iluminada: compróle cuatro estampas de santos

y le invitó á que se las llevara él mismo á Breda. No desperdició Pedro la favorable conjuntura que se le ofrecía de ver una ciudad, pues hasta entonces solo había visto su lugar, y se trasladó á Breda. Su desconocido protector le dió de comer en su propia mesa y lo llevó á la iglesia para que admirase los cuadros que en ella había.

Al verlos no pudo menos de estasiarse y preguntar de qué modo se hacían esas pinturas tan grandes, tan brillantes y permanentes.

—Nada sé, le contestó su conductor, pero he oído decir que esto se hace con colores preparados al óleo, y que se trasladan á un lienzo estendido (1).

El niño examinó escrupulosamente los cuadros, volvió al siguiente día á la iglesia y pasó ocho días meditando en ellos. Al cabo de este tiempo compró todo lo que necesitaba, volvióse á su lugar y un mes después llevó al vecino de Breda un cuadro al óleo. Había inventado el procedimiento maravilloso de esta pintura, así como en otro tiempo lo hicieron los hermanos Van-Dyck, y sin embargo no era químico como ellos; lejos de eso, no sabía leer ni escribir y solo contaba diez y seis años de edad.

Aunque el vecino de Breda no era mas que un simple tratante en cuadros, comprendió todo lo que había de maravilloso en aquella creación del niño, tomó por él un verdadero y vivo interés, y resolvió emprender con su protegido el viage de Breda á fin de presentarlo á un pintor que gozaba entonces de gran reputación y que se llamaba Peters Koeck. Este animó al huérfano, dióle consejos y le ofreció admitirlo en su casa en calidad de aprendiz durante cuatro años, encargándose de mantenerlo, instruirlo y hospedarlo con la condición de que su discípulo trabajaría bajo sus órdenes, y le ayudaría en sus obras, dejándole el producto de todas las pinturas que hiciera en su casa. Pero para esto era preciso que Pedro abandonase á la anciana muger que había sacado de la miseria, la única criatura en el mundo que había amado y de quien había sido amado. No se sintió con fuerzas para arrostrar semejante sacrificio, y se contentó con prolongar un mes su estada en Breda. Durante este espacio de tiempo aprendió á leer y escribir, haciendo tales progresos que no pudieron menos de sorprender á su maestro. Cuando volvió á Breughel leía tan bien como el cura y principiaba á escribir mas que medianamente. Como quiera que los gastos de sus viages habían agotado su reducido peculio, recurrió de nuevo á la pintura, envió quince ó veinte cuadros al tratante en cuadros de Breda, y emprendió uno mucho mayor que los demás que representaba una disputa burlesca entre Cuaresma y Carnaval. Luego que concluyó esta obra se restituyó á Breda, á pie y con su lienzo debajo del brazo. En el camino se encontró á un caballero joven, ricamente vestido, á quien seguían un viejo hidalgo y tres criados.

—¡Hola muchacho! le gritó sin ceremonia el caballero. ¿qué llevas ahí debajo del brazo?

—Un cuadro que voy á vender á la ciudad, replicó el campesino.

—Enséñame ese cuadro: si es bueno te evito el trabajo de ir hasta Breda.

(1) Moneda de los Países Bajos que vale dos reales y medio de vellón.

(1) En aquella época no se vendían colores preparados: los pintores tenían que molerlos y mezclarlos en sus obras.

Pedro dió su cuadro al caballero. Este lo examinó largo tiempo y con minuciosa atención, preguntando en seguida á Pedro:

—¿Quién te ha mandado ir á vender este cuadro y como te han dado una comision tan importante?

—Nadie mas que yo me ha encargado esta comision, porque el cuadro es mio.

—¿Tuyo? y cómo eres poseedor de una cosa de tanto precio? continuó severamente el caballero. O mientes ó eres un ladron.

—Ni lo uno, ni lo otro, caballero. Este cuadro es obra mia y por eso voy á venderlo al maestro Jacobo Eleas, tratante en cuadros, que me dará por él un monton de oro.

—No me engañas con semejante embuste. Esta obra maestra no puede ser de un niño, de un rústico campesino. Aun suponiendo que pudiese ser asi, aun admitiendo tu estúpida historia, si fueses el autor de este cuadro sabrias que en lugar de un monton de oro vale ciento. En España, donde se encuentran muchos cuadros del mismo maestro, no se pagan menos del precio que te digo.

—¿Qué me decís? exclamó Pedro estupefacto.

—Este lienzo no tiene, es verdad, el nombre del pintor, como los que yo he visto; pero es facil conocer que es obra del mismo artista. Ningun otro posee esa vivacidad de composicion, esa verdad de dibujo, esa fuerza del colorido. Indudablemente este cuadro es de Breughel.

—Pero, caballero, si no me llamo Breughel, sino que resido en el pueblo que tiene este nombre; fácil es que el maestro Eleas haya puesto el nombre de mi pueblo, como una firma de pintor en los cuadros que le he vendido. Os juro que yo soy quien ha pintado el que teneis en la mano.

—¿Y has pintado tambien la *torre de Babilonia*?

—Tambien la *torre de Babilonia*, si señor, y el *martirio de los Inocentes*, y la *conversion de San Pablo*, y la *Misa de aldea*.

—Siendo asi, replicó el caballero, toma doscientos montones de oro que te doy por este cuadro, vuelve á tu pueblo; quiero acompañarte y ser tu discípulo un mes ó dos. Te daré por mi aprendizaje quinientos montones de oro.

—Virgen santa! no os burleis de mí, caballero, ¿cómo quereis que crea en tan ricas ofertas y que no piense que os estais riendo de mí?

—Don Luis Quijada, dijo el caballero, volviéndose hacia el viejo escudero que le seguia, dad á este muchacho los quinientos montones de oro que le ofrezco, y pedidle en cambio un recibo por medio del cual reconozca que me debe sus lecciones durante dos meses.

—¿Durante dos meses! exclamó el viejo, señor don Juan; considerad que hemos recibido la orden de viajar por los Países Bajos, y que no es viajar permanecer dos meses enteros en un villorrio y en casa de un pintor de cuadros.

—Don Luis Quijada, replicó el joven caballero, ya os lo he dicho cien veces: cuando querais que crea y obedezca á las pretendidas órdenes que me alegais sin cesar para obligarme á ceder á vuestros caprichos, es preciso que me esliqueis de donde dimanar estas órdenes. Os he seguido á los Países Bajos, no porque me haya conformado con la voluntad anónima que me habeis indicado, sino porque asi era mi gusto, ó me era de todo punto indiferente. Ahora me viene en gana ir á Breughel y permanecer allí dos meses pintando; iré, me quedaré y pintaré. Podéis, pues, decir á nuestros criados que os quedais en Breda; dadles las órdenes necesarias para mi estada de dos meses en el pueblo.

El viejo, despues de otras largas observaciones concluyó por ceder, y el caballero y Pedro tomaron el cami-

no de Breughel. Durante el viage entabló don Juan conversacion con su compañero y no tardó en notar en él un talento perspicaz y despejado, verdaderamente inesplicable en un campesino. No fué menor su admiracion cuando entró en casa de Pedro, cuando vió la pobreza de su habitacion y examinó las obras maestras bosquejadas del artista. Hizo desalojar á precio de oro, á los demas inquilinos de la casa, dió orden á sus criados, que llegaron algunas horas despues que él, para que la adornasen y la amueblasen convenientemente, y transformó aquel chiribitil en un lugar habitable, que parecia un palacio á Pedro y sobre todo á su ama de gobierno. Esta se frotaba los ojos á cada instante para asegurarse que no dormia y que un sueño no la engañaba con sus doradas ilusiones.

II.

Pronto una tierna amistad unió á los dos jóvenes. Mientras que Pedro enseñaba á Juan los secretos de su arte, y le referia como habia llegado á ser un gran pintor sin saberlo, Juan le contaba las aventuras y los misterios, no menos extraños, de su vida inesplicable. Nacido en Ratisbona, habia sido criado y educado bajo la custodia y esmerada solicitud de don Luis Quijada y de una vieja dama alemana que se llamaba Bárbara Blomberg. Desde la cuna se habia visto rodeado de la mas fausta opulencia; sus menores caprichos eran órdenes para su nodriza, asi como para su ayo, y se prodigaba el oro para satisfacer sus menores antojos. Cuando querian que hiciera alguna cosa, le hablaban de órdenes emanadas de personajes desconocidos que debian egercer sobre él una omnipotencia sin restriccion, y si preguntaba los nombres de estos seres misteriosos, callaban y le recordaban la orden de guardar silencio.

—Esto me pone triste y me hace muy desgraciado, añadió; daria mi fortuna y mi hijo, consentiria en vivir como el mas obscuro de los campesinos, por tener una madre á quien amar, por poder abrazar á un anciano y decirle «Padre mio.» Tan loco é insubordinado como soy ahora, seria dócil y sumiso delante de aquellos que pudieran llamarme «Hijo mio.» Pero estas son felicidades á las que debo renunciar para siempre, suspiró enjugándose una lagrima; mi ayo me lo ha dicho y me ha prohibido ademas que trate de penetrar los tristes secretos de mi nacimiento. Si tú quieres, Pedro, serás mi hermano, serás mi familia. Con tu auxilio llegaré á ser un pintor célebre, y la Europa admirada repetirá con entusiasmo los nombres unidos de los dos huérfanos Pedro y Juan. La gloria, ¡oh Pedro! este es el sueño abrasador de mis dias y mis noches. Dar lustre á mi nombre desconocido, revestirlo de esplendor, ennoblecerlo con la fama, ganarme el blason y la familia que me ha negado el destino, conquistarme un escudo de armas y legarlo á mi familia, ser el primero de mi raza, puesto que no soy el vástago de ninguna, hé aqui lo que quiero, hé aqui lo que el arte hará quizás por mí. Tú no eres mas que un mendigo, un huérfano, un campesino, y la España y los Países Bajos admiran y repiten tu nombre. Todo esto lo debes al arte y al genio.

Pues bien, quiero llamar como tú en mi auxilio al arte y al genio. No tengo que luchar con los inconvenientes de la pobreza, es decir tengo andado ya la mitad del camino; tú me ayudarás á andar la otra, ¿no es verdad, hermano mio? Y tomó las manos de Pedro y los dos se juraron una amistad eterna y sin limites.

Una mañana un correo cubierto de polvo y que clavaba en los hijares de su caballo sus espuelas ensangrentadas, preguntó por don Luis Quijada y le entregó unos despachos. Tan luego como los hubo leído manifestó una alegría que casi rayaba en delirio y corrió en busca de don Juan.

—¡A España! exclamó, á España! es menester que nos volvamos á nuestra patria, no perdamos tiempo, venid don Juan, venid.

—No puede ser. Todavía tengo que permanecer en Breughel dos meses, después de los cuales partiré para Italia.

—¡Virgen Santísima! ¿Qué decís? No partir para España al instante sería atraer sobre nuestras cabezas desgracias sin cuento.

—¿Y qué me importa? ¿me es tan dulce la vida que no merece la pena que la arriesgue por un capricho?

—Seguramente, replicó Quijada, podréis disponer de vuestra cabeza, pero no de la mía.... no!! eso sería pagar muy mal los cuidados que os he prodigado desde vuestro nacimiento. Así que, sino marcháis hoy mismo á España, heridme con vuestra daga, me hareis un gran servicio, abreviareis mi agonía.

Don Juan no pudo ver sin emoción las lágrimas y la desesperación del viejo Quijada.

—Vamos, pues, dijo, partiré, ¿Pero quién soy yo ¡Dios mío! para que unos personajes tan poderosos y tan temibles se mezclen en todo lo que hago y dejo de hacer?

—Si mis esperanzas no me engañan todos esos misterios van á aclararse con nuestro regreso á España.

—Pues bien, exclamó Juan, marchemos. Ahora soy yo quien apresura el momento de la partida. Pedro, tú me acompañarás, ¿no es verdad? Un cambio feliz ó desgraciado va á ocurrir en mi destino, es preciso que tú participes de él, hermano mío.

Pedro por toda respuesta, apretó la mano de Juan y dió á su vieja ama de gobierno, que lloraba amargamente, la orden de prepararlo todo para el viage.

Los viajeros no tardaron mucho tiempo en llegar á Valladolid, porque don Luis Quijada derramaba el oro á manos llenas y reventaba los caballos para ganar algunas horas. Próximos á entrar ya en la ciudad y cuando atravesaban una floresta que la precede, encontraron la cacería real. La turbación de don Luis Quijada llegó entonces á su colmo, parecía casi loco.

—¡Pié á tierra, muchachos! ¡pié á tierra! arrodillaos que aquí viene el rey. Por Dios, daos prisa. Y dandoles el ejemplo, se arrodilló. Pedro y Juan le imitaron.

No tardó el rey en aparecer. Vió á don Luis Quijada y se dirigió á Juan.

—¿Sois vos don Juan? dijo.

—Sí señor.

—Os he conocido por las facciones de vuestro padre: ¿Sabeis quién es?

El rubor encendió el rostro de don Juan.

—No señor, pero si vos lo sabeis, en nombre del cie-

lo y por vuestro glorioso padre el gran Carlos V, dignaos decírmelo. Este es un acto de caridad que los ángeles os premiarán en el cielo porque todos los días en mis oraciones les pediré que os bendigan.

Levantáos, joven, vuestro padre es ilustre; es el mío, es el emperador Carlos V, eres mi hermano.

Don Juan pensó morir de alegría y de sorpresa.

Levantaos, señor don Juan de Austria. Señores, descubridlos delante del hermano del rey. Y enlazando su brazo con el del joven le condujo á palacio.

En medio de su alegría y de su entusiasmo, don Juan no se olvidó de Pedro, volvió la cabeza hacia él y le hizo una señal con la mano.

Al siguiente día fué á buscar al pintor en casa de don Luis Quijada, quien se había apresurado á ofrecer la hospitalidad al amigo de don Juan.

—Hermano mío, le dijo, tú me ves triste en medio de mi grandeza, porque el rey quiere que reciba las Ordenes, pues dice que así lo exige la política de España. Pero ni la púrpura del cardenalato, ni la tiara misma podrán tentarme. En los campos de batalla es donde quiero servir á mi hermano, con la espada del emperador mi padre quiero solamente merecer la honra de ser su hijo. Yo suplicaré tanto al rey que no tendrá mas remedio que acceder á mis deseos.

En efecto, no tardó en obtener de Felipe II el honor de marchar contra los moros rebeldes. El día en que partió para tomar el mando del ejército imperial, Pedro Breughel, pues el pintor flamenco había tomado el nombre de su pueblo, escrito en otro tiempo en sus primeros cuadros por el vecino de Breda que los esplotaba tomó el camino de su querida Flandes. Después de haberse hecho rico, merced á su talento y á la munificencia de don Juan de Austria, fijó primero su residencia en Amberes y después en Bruselas; casó con la hija de Peters Koeck; joven de rara hermosura, y murió en una edad avanzada dejando dos hijos herederos de su nombre y de su gloria: lans sobre todo, conocido con el nombre de Breughel de Velours, adquirió una gran celebridad. El hermano de este último, Breughel de Enfer, se conquistó igualmente mucha nombradía.

Pedro Breughel fué un pintor cuyo estilo franco y fuerte colorido alabó mucho Rubens. Frecuentemente lo proponía como modelo á sus discípulos, y se complacía en decir á Teniers, que en efecto recuerda algo la manera del pintor campesino: «Tú serás mi Pedro Breughel.»

